VIDA Y MUERTE DEL CID, Y NOBLE MARTIN PELAEZ.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey D. Alfonso.	*Lain, capitan.*	*Pelayo barba.*	*Altisidora, inf.*
El Cid, barba.	*Bermudo.*	*Chaparrin, gracioso.*	*Arlaja.*
Martin Pelaez, galan.	*Doña Elvira, dama.*	*Soldados cristianos.*	*Celinda. Alí.*
Alvar Fañez, capitan.	*Brianda, criada.*	*El Rey Bucar, barba*	*Soldados moros.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Bucar, Alí y soldados moros.

Rey. Que á vista de Valẽcia está la Infãta?
Alí. Palas en el valor puso la planta
sobre el muro de Murcia; y victoriosa
de Celin tu enemigo, como Diosa
la respeta tu exército arrogante.
Rey. Hoy ha de entrar triunfante,
qual Semiramis bella en babilonia:
con todos los soldados de Esclavonia:
bien Solimán con mágico desvelo,
por el carácter del luciente velo,
aseguró que su valor sería
laurel de mi dichosa monarquía.
Esta la causa ha sido,
que su bélico ardor no ha reprimido,
por ella pienso ser de la campaña.
Emperador de la invencible España.
Alí. Con Arlaja y Celinda, que Amazonas
son de la Siria Zonas,
se atreve á conquistar por maravilla
una y otra Castilla;
y tanto amor tu exército la tiene,
y tan gustosa viene
militando en su bélica bandera,
como si Marte fuera
su mismo General. *Caxas.*
Rey. Los instrumentos
bélicos rompen los sutiles vientos.
Alí. Dichoso dia la Ciudad espera.
Rey. Venus y Marte baxan de su esfera.
Tocan caxas, y salen por un palenque la Infanta, Arlaja, Celinda y moros.
Inf. Alá prospere, señor,
tu vida, que guarde el Cielo,
para que veas unidos
á tu soberano Imperio
desde Zaragoza al Betis,
desde Cantábria á Toledo,
y desde el fuerte Moncayo
á los altos Pirineos.
Rey. Hija, en mis brazos recibe
el parabien del aliento *Abrázala.*
militar que te acompaña:
y pues el Profeta nuestro,
Brazo de Alá, te acredita
en los Palacios excelsos,
tu corazon, si no mienten
los Celestiales quadernos,
de la diestra de Mahoma
será con valor supremo,
en favor del Alcorán,
rayo, relámpago y trueno.
Sepa yo de tu venida
el admirable suceso.
Inf. Oye, señor, mis hazañas
Rey. Prosigue pues. *Inf.* Está atento.
Supe que el Rey de Murcia Celidoro.
hizo amistad, señor, con el cristiano,
y que el tributo de la luna de oro
te negava el genizaro tirano:
Doy órden al Baxá Mahomedoro,
que con el tercio bélico Africano
desde Denia baxase á la campaña,
unióse á mi valor, y tembló España.
Celidoro y su gente por la cumbre
de un monte divisamos, quando el dia

abriendo la pestaña de su lumbre
iba aclarando la tiniebla fria:
Descubrióse la inmensa muchedumbre,
y pareció, que el cielo nos llovia
hombres al valle; ó que segun rodaban,
que los ayres turbantes granizaban.
En una Alfana Sinica nevada
se presentó Celin, baxando un monte,
y en otra del Jerdánico criada,
al paso le salió Celeridonte:
Yo no sé si chocó Sierra nevada
con el Alpes, el Etna y el Oronte;
sé, que al choçar el uno y otro rayo,
aquel fué Pirineo, este Moncayo.
Presentóseme el bélico Celino
en un bruto del Betis indomable,
pongo la lanza en ristre, y de camino
le paso el pecho con valor notable:
Clavéle el cuerpo en el robusto pino,
y al dar dentro del pecho vegetable
el último suspiro, horrible y bronco,
el alma le saqué dentro del tronco.
Del esquadron de los cristianos soles,
y del quartel de los ginetes Canes,
se encuentran en pegasos españoles
Zulema y el valor de los Guzmanes:
rompen las lanzas, vuelan los faroles,
llevando los planetas por imanes,
y el mismo Marte, por andar al uso,
por penachos marciales se los puso.
El Alfaquí, que el Alcoran enseña,
contra Muza salió de saña armado,
desde la cima de una parda peña
á los abismos vino despeñado:
al Profeta invocó de breña en breña,
y segun era Muza de alentado,
de un vuelo le arrojó desde la loma
sobre el gran paraiso de Mahoma.
Los dos rayos, señor, de Andalucia,
Zegries y Gomelez, se encontraron,
y en las centellas délficas del dia,
á pesar de la Parca, se abrasaron:
parecióle á la muerte, que podia
descansar en el centro que buscaron,
y halló, que la palestra que ocupaban,
las almas inmortales peleaban.
Dispararon los dardos y saetas,
poblando la region del ayre pura;
dos nubes parecieron dos cometas,
émulas de la antorcha mas colura:
subieron en nivel las pardas metas,
y al baxar á la esfera mas segura,
las puntas por los rumbos succesivos
se clavaron en los cuerpos medio vivos.
Encendióse la guerra poderosa,
tocó á muerte el impulso de las vidas,
inundóse de sangre belicosa
el arroyo inmortal de las heridas:
arrojáronse al agua tenebrosa
las escuadras mas fuertes y atrevidas,
y como con su sangre les brindaron,
en púrpura caliente se anegaron.
Los ginetes de Denia belicosos,
que Celinda y Arlaja gobernaban,
cerraron con los tercios animosos
que á la parte del Norte se quedaban:
abrazáronse tanto, que en los fosos
del fuerte de Celin, donde esperaban
algun socorro, los dexaron muertos,
inundando de sangre los desiertos.
Fué el despojo, señor, mil prisioneros,
cien carros de marlotas y turbantes,
treinta Elefantes de Africa guerreros,
y mil arcos flecheros de diamantes,
quatrocientos fortísimos aceros,
cien alfanas Jordánicas volantes,
y seiscientos caballos andaluces
hipógrifos del carro de las luces.
Murcia queda, señor, á tu obediencia,
los Castillos de Elche reducidos
á la Alcorana Luna de Valencia;
y los campos de Lorca destruidos
temblando los rebeldes en tu ausencia,
los feudos otra vez restituidos,
deshecha la amistad de los cristianos,
y con fama inmortal los africanos.
Todo, señor, se debe á tu corona,
triunfa, conquista, emprende, solicita,
postra, rinde, sujeta, perfecciona,
tala, reforma, da, castiga, quita,
rompe, acomete, ensalza, sigue, abona,
alcanza, fortalece, facilita; (be,
y pues no puede haber quié te lo estor-
gima el mar, tiéble el Sur, caduque el Or-
Rey. Vuelve otra vez á mis brazos, (be.
Sol de la Luna que observa
nuestro Alcorán, pues de todas
eres el mayor Planeta;
y vosotras, Amazonas
de la nobleza Agarena,
llegad á mis brazos. *Arlaja* Todas
el valor que nos alienta

recibimos de la Infanta.
Cel. Como en nuestras almas reyna,
la luz de ella recibimos,
como del Sol las Estrellas.
Inf. Supuesto pues, que rendido
el Reyno de Murcia queda,
démos principio, señor,
á conquistar nuevas tierras.
El Rey Alfonso ha heredado
las dos Castillas soberbias,
por la muerte de su hermano
Don Sancho, que con la flecha
ó venablo le dió muerte,
sobre Zamora la bella,
Bellido Dolfos, y ahora
pretenden entrar por Requena
á sangre y fuego talando
las Católicas banderas.
Los Berberiscos ginetes,
que se quedaron en Denia,
entran mañana: señor,
en la Ciudad de Valencia.
El Baxá Miramolin
con sus soldados la Vega
del Turia puede ocupar;
y por la parte siniestra
de las montañas del Sur,
Almozarén nos defienda
las Campañas del Moral.
Nuevos trabucos de guerra
se traygan de Berbería,
y con la marcial defensa,
que de Marruecos envia
el grande Mahomad, Valencia,
por señora de las gentes,
por árbitro de la tierra,
por mejor jardin del mundo,
ponga sus Régias Banderas
sobre los muros de Burgos,
de Pamplona y de Palencia.
Rey. Ven ahora á descansar,
que en la Mezquita te espera
casi la nobleza toda
del Reyno, para que seas
honor y gloria de quantas
ilustres Matronas Régias
defendieren con sus armas
á la gran Casa de Meca.
Inf. Yo espero que aqueste brazo,
de Alá soberana diestra,
ha de poner las diez Lunas
que dexó nuestro profeta,
á pesar de los cristianos,
sobre la Ciudad excelsa
del gran Alfaquí de Roma,
Pontífice de su Iglesia. *Vanse.*

Salen el Rey Don Alfonso y Bermudo.

Alf. Qué el Cid, contra mi dec[illegible],
hasta Toledo ha llegado?
Berm. Mil Moros ha cautivado
contra el debido respeto,
que se debe á la alianza,
que hiciste sin ambicion
con el Rey Alimenón,
debida á la confianza.
Tus tierras ha destruido
por una que te ha ganado,
juramento te ha tomado
en la traicion de Bellido;
y á su devocion ha puesto
los capitanes de fama:
y en el Africa le llama
el Arábigo contexto
el absoluto señor
de la bélica campaña,
y se imagina de España
absoluto Emperador,
y á las cortes no ha venido
por su ambicion singular.
Alf. Don Rodrigo de Vivar
toda mi gracia ha perdido,
Berm. El á palacio ha llegado.
Alf. Aunque á Castilla le importe
su valor, hoy de la corte
ha de salir desterrado.

Salen el Cid, Alvar Fañes y Lain.

Cid. A vuestros pies hace alarde
Don Rodrigo de Vivar, *Arrodíllase.*
que en este mismo lugar
llegó á merecer::- *Alf.* Ya es tarde.
Cid. Por su valor y lealtad,
en Castilla conocida,
sino la fama adquirida
por sus hazañas::- *Alf.* Alzad
Cid. Parece que con disgusto *Levántase.*
me recibís, gran señor,
y es justo, que á mi valor
se favorezca. *Alf.* No es justo.
Cid. No es justo? *Alf.* No. *Cid.* Pues mi fe
en qué, Alfonso, os ha agraviado?
qué causa, señor, he dado
para que vos::- *Alf.* Yo la sé

Cid. Vos la sabeis? mi lealtad
se amancilla sin honor;
si algun aleve traydor
de mí os ha dicho::- *Alf.* Escuchad.
Dias ha, Cid Campeador,
que me tiene disgustado
vuestra materia de estado,
indigna de mi valor.
En primer lugar presento
á vuestra soberbia idea,
que dentro en Santa Gadea
me tomasteis juramento
sobre si parte tenia
en la muerte de mi hermano:
desacato soberano,
y especie de alevosía:
pues fuera mas justa ley
de la nobleza aplaudida;
que le quitarais la vida
á quien dió la muerte al Rey:
pues dixo alguno en Toledo:
que quando al muro llegasteis
de Zamora, no pasasteis,
ú de cautela ú de miedo.
El segundo cargo ha sido
tan vuestro, como infiel:
pues con ánimo cruel
el Reyno habeis destruido
del Rey Moro de Toledo,
que en mi palabra fiado,
estaba bien descuidado
de semejante denuedo.
Quién os dió licencia á vos
para quebrantar las leyes,
que ajustaron vuestros Reyes,
puestos por manos de Dios
sobre la tierra? Qué hazaña
puede ser la que ha rompido
el fuero favorecido
por mi Consejo de España?
Fuera de esto, os ha llamado
á las Cortes, y fingisteis,
que en las guerras anduvisteis
conquistándome un estado.
Y quando á Cuenca queria
con mis armas conquistar,
me dixisteis en Vivar,
que experiencia no tenia
de la guerra, que era Mozo
para salir á campaña,
sin castigar en España
el desvelo cauteloso
de algunos, que mal contentos
estaban de mi poder;
accion de no obedecer
mis bien fundados intentos:
siendo así, que se condena
vuestro consejo fingido,
pues os fuisteis atrevido
á ver á Doña Ximena,
y me dexasteis, Rodrigo,
con la carga del Imperio,
sujeto á que en cautiverio
me pusiese el enemigo.
Todos estos cargos son
tan ciegos por la codicia,
que están pidiendo justicia
á mi recta indignacion.
Vasallo tan atrevido
no ha de vivir en mi tierra,
aliméntele la guerra,
pues de la guerra ha vivido.
Salid luego desterrado
de mi Reyno, que no es justo
que yo reciba disgusto
de un vasallo, que ha llegado
á oponerse á mi poder,
llevado de su valor,
que el criado á su señor
debe siempre obedecer.
La sentencia que os he dado
cumplid luego, porque sea
la jura en Santa Gadea
escándalo de mi Estado.
Los puestos y los tesoros,
que adquiristeis en la guerra,
veré si puedo en mi tierra
confiscarlos contra moros.
Y esta ley de mi grandeza
se cumpla como ella está,
porque de no, baxará
á los pies vuestra caveza. *Yéndose.*
Cid. Sin oirme os quereis ir?
no, Rey Alfonso, volved,
que os llama el Cid, deponed
vuestro enojo, que cumplir
debo::-*Al.* No es tiempo. *Cid.* Escuchad.
Alf. No teneis que persuadirme.
Cid. Digo otra vez, que ha de oirme,
señor, vuestra Magestad
acordáos, que soy el Cid.
Alf. Ya lo sé: no sois::- *Cid.* Yo intento::-

Alf. Quien me tomó el Juramento?
Cid. El mismo soy. *Alf.* Proseguid.
Cid. En primer lugar mi espada
y este brazo, que os abona,
os puso bien la Corona,
que aunque estaba laureada
vuestra cabeza real
por la justa succesion,
sin tomar la posesion
os asentaba muy mal.
si juramento os tomé,
no fué contra la lealtad,
ántes á la Magestad
perfectamente aboné:
porque apénas mal contento
el vulgo bárbaro ví,
quando el daño redimí
con la ley del juramento.
Si por la junta ó las leyes
os quejais, de enojo ciego,
cumpla yo con Dios, y luego
quéjense de mi los Reyes.
El traydor que os dixo, si,
que á Bellido no maté,
y que de miedo no entré
la puerta (pesar de mí!)
de Zamora, vive Dios,
que os ha engañado en Toledo:
decidle, que busque al miedo,
porque, hablando entre los dos,
si en mi valor se repara,
por San Pedro de Cardeña,
que si el miedo no me enseña,
que no le he visto la cara.
Quando á Zamora llegué,
el traydor, buscando el centro
de su vida, estaba dentro,
cerrada la puerta hallé.
Vuestra sangre me obligó
á no trepar por el muro,
que en él no estaba seguro
el traydor que le mató:
que es el traydor sin segundo.
Por San Millán, que mátara
quantos traydores hallara
por el término del mundo.
Y si alguno os ha informado,
mal de mí::- pero este Solio,
de los Reyes Capitolio,
es un divino sagrado.
El decoro no perdamos
al lugar que obedecemos,
las pasiones moderemos,
y al segundo cargo bamos.
Si en las Cortes, si se advierte,
no me hallé, fué porque estaba
con los moros que mataba
en las Cortes de la muerte.
No os faltó mi voto á vos,
que en la guerra singular
hize voto de matar
los enemigos de Dios.
Los dos vimos en la tierra
vuestro valor mejorado,
vos en consejo de Estado,
yo en el consejo de Guerra.
No falté á la Magestad,
que en las Cortes del valor
cada palabra, señor,
os valia una Ciudad.
Culpaisme porque atrevido
con Católico denuedo
hice Guerra al de Toledo?
el bárbaro la ha tenido.
Qué consejo soberano
puede aprovar en su tierra,
que rompa el moro la guera,
y no la rompa el cristiano?
No me hableis con intencion,
que sé por cosa muy clara,
que si á Toledo os ganara,
que aprobarades la accion.
Si á Cuenca no permití,
que se conquistase, fué,
porque desigual hallé
la fuerza que en vos no ví.
No está el arte del vencer
en la juventud, señor,
la experiencia es, en rigor,
la ciencia del poseer.
La guerra se ha de intentar
con muy maduro consejo,
el poder es un espejo
donde se debe mirar.
Y sabed, por maravilla,
que os conquistó mi persona
desde Toledo á Pamplona.
desde Galicia á Castilla.
Quince Reyes he vencido,
diez Castillos he ganado,
un Reyno os he conquistado
y una Provincia rendido.

Y finalmente, aunque vos
me desterreis por estado,
no teneis ningun soldado
mejor que yo vive Dios;
y esta espada::- *Alf.* Basta, digo.

Cid. No basta, Rey soberano,
que los disgustos de un Rey
son muerte de los Vasallos.
Que os dexé, me decis vos?
mejor, señor, os dexaron
en los campos de Viana
esos Infanzones bravos,
Capitanes de la envidia,
lisonjeros de Palacio,
quando en poder de quarenta
Agarenos Africanos
os llevaban preso, y yo,
dando espuelas al cavallo,
de los quarenta ginetes,
diez solos vivos quedáron;
y no quedaron, que huyeron
del noble Cid Castellano.
Y alguno, que me está oyendo,
fué el primero que vagando
los vientos, á rienda suelta
se puso, señor, en salvo.
Yo lo digo, Don Bermudo,
miradme bien, que yo os hablo.

Alf. Don Rodrigo de Vivar,
salid luego desterrado
por un año de mi Corte.

Cid. Yo me destierro por quatro.

Alf. Por atrevido os destierro.

Cid. No soy sino temerario.

Alf. Son muchos vuestros delitos.

Cid. Ya he respondido á los cargos.

Alf. Sin vos viviré contento.

Cid. Vivid, señor, muchos años.

Alf. No sois vos el Cid Ruy Diaz
el soberbio Castellano?

Cid. Si señor. *Alf.* Guardeos el Cielo.
Don Bermudo. *Berm.* Señor.

Alf. Vamos. *Vanse los dos.*

Alvar. Este desprecio has sufrido!

Cid. Es mi Rey, soy su vasallo.

Lain. A no estar el Rey delante,
á Don Bermudo::- *Cid.* En Palacio
todo es respeto, Lain.

Alvar. Ese, señor veneramos.

Cid. Ea, Alvar Fañez, Lain,
del Orbe terror y espanto,
seguidme, y juntemos luego
nuestros fuertes Aliados
para cercar á Valencia:
conquistemos, Castellanos,
al Rey Alfonso otro imperio,
en pago de estos agravios.

Alvar. A tu lado moriremos,
como valientes soldados.

Lain. Al calor de tu Bandera
todos, señor, militamos.

Cid. De las Asturias de Oviedo
hoy, Alvar Fañez, aguardo
á Martin Pelaez mi deudo,
que será grande soldado
andando en mi compañía.
Tú verás, Alfonso, quanto
debes estimar al Cid,
á quien hoy has desterrado
por haberte dado Imperios,
por haberte conquistado
á Zamora y á Palencia,
á Valladolid y á Campos:
pero á pesar de traydores,
esta espada y este brazo
te conquistarán Laureles,
te darán nuevos Estados,
te añadirán nuevos triunfos,
y sabrás, desengañado,
quien es el Cid, á quien llaman
el soberbio Castellano. *Vanse.*

Sale Martin Pelaez huyendo, y Pelayo su padre y Chaparrin tras él.

Pel. Hijo, donde vas? espera,
qué tienes? sosiega, aguarda:
qué nuevo impulso acobarda
tu sangre de esa manera?

Chap. Esa gayta ó chinfonia,
que el Cid á esta tierra envió,
á los dos nos asustó.

Pel. Tú has de mostrar cobardía,
quando el buen Cid Castellano
te llama, para que seas
honor de Asturias, y veas
de su solar soberano
el trofeo militar
de tus padres adquirido?
La cítara, que al oido
de Marte suele alentar, *Tocan.*
te altera? *Mart.* Qué desconsuelo!

Pel. Te atemoriza? *Mart.* Qué horror!

Pel. Te acobarda? *Mart.* Qué rigor!

Pel. Te inquieta? *Mart.* Valgame el cielo!
Chap. No sé canse su mercé
su hijo y yo somos dos,
gallinas, si, juro á ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. De la caxa y del clarin
tiemblas? *Chap.* Como tiemblo yo.
Pel. Tú eres mi hijo? eso no,
que no es mi sangre tan ruin.
Mart. Ay de mí! Padre y señor,
el corazon sosegad,
y atentamente escuchad
lo que importa á vuestro honor.
Estas Montañas de Asturias,
que por los altivos montes
de Leon, si no atalayas
del Occeano, son Torres,
son mi Patria: la crianza,
que me dieron estos robles,
fué el pacífico silencio
de aquesta soledad noble,
en cuyo caos divertido,
en cuyo alvergue conforme,
la sábia naturaleza,
de los militares golpes,
de los marciales estruendos
y belicosos rumores,
me libró, y en la eminencia
de aqueste vecino monte,
por merced de las Estrellas,
con impulsos superiores
me dexó por escondido,
y me perdonó por pobre.
Aquí me habeis enseñado
á sembrar la tierra torpe,
á encanecer esa sierra
de los ganados menores;
y desde que ví la luz
del gran Padre de Faetonte,
y me mecieron los hados
en la cuna de ese bosque,
de esta silvestre Provincia,
de este rudo Imperio, donde
me crié, nunca he salido
á extrangeros Orizontes;
y en su Reyno, coronado
de peñascos y de flores,
valles, arroyos y fuentes,
buen Pastor y mal Adonis,
buen Labrador, mal soldado
me alvergo dichoso joven;
en cuya segura vida,
por no tener ambiciones,
por no envidiar las riquezas,
por no aprobar los rigores,
por no agraviar á los Pueblos,
por no robar á los hombres,
por no matar por estado,
ni desagraviar pasiones,
la justicia con que vivo
me coronó de favores.
Parece ser, que llevado
vos de aquella sangre noble,
que os dió el Cielo, pretendeis,
porque el Cid la vuestra goce,
siendo tan cercano deudo,
que yo sea ó que yo logre
debaxo de su Bandera
de los Alarbes Pendones
el triunfo marcial, ganando
eterno lauro á mi nombre.
Decís bien; pero sabed,
que la armonía del Orbe
consta de infinitas cuerdas,
desiguales en las voces.
Yo, padre y señor, no tengo
el aliento vital, donde
consiste el marcial estruendo,
tan fecundo, que corone
de rayos el alvedrio.
No esta arquitectura noble,
no este cuerpo organizado,
ni estas arterias disformes,
son alma de este edificio,
sino el corazon, que impone
leyes vitales al brio;
y aunque soy noble, se encoge
tal vez el ardor viviente,
y tímidamente torpe,
discurriendo por las venas,
le yela, le descompone,
le atemoriza, le ofende,
y cobardemente inmovil,
en la oficina del pecho
el alma noble se esconde,
porque el caso no le infame,
y el lugar no le inficione.
Yo no sé de qué procede
este, que atrevido rompe
los impulsos de la ira:
bien sé, que debo á las voces
de la honra, que heredé

de tantos hidalgos nobles,
acudir; pero si el Cielo,
que reparte por su órden
leyes del quinto Planeta,
que son los marciales soles,
pequeña pavesa anima
á esta materia de bronce:
qué culpa tiene el discurso,
si el valor no le socorre?
Yo siento en mí, por la parte
de la nobleza, un desórden
invencible, un corazon
hecho de dos corazones;
pero al punto que el temor
con arrullos gemidores,
con susurro movimiento
me yela, me descompone
la ira con la templanza,
y á vista de los ardores
el limpio acero suspende,
y el corbo alfange depone.
Y supuesto, que yo mismo
no pude hacerme, y que el golpe
de aquesta fortuna adversa
nace de impulsos mayores,
dexadme en mi humilde esfera,
padre y señor, sin que noten
mis flaquezas inculpables
las extrangeras Naciones:
aquí viviré seguro,
pasando plaza de joven
alentado en el discurso,
que con cordura los hombres
pasarán plaza de Alcides
encubriendo sus pasiones.
Querer que vaya á la guerra,
es querer que me deshonren
los amigos y enemigos,
que mis faltas no conocen.
Filósofo soy, que busca
la quietud entre estos robles,
escribiendo sus defectos
en las peñas de estos montes,
que se ocultarán mejor,
que entre láminas de bronce.
Aquí puedo yo, señor,
dar á vuestra casa honores,
sustentando con prudencia
en todas las ocasiones,
el valor que me han negado
esos diáfanos once,
impulsos que están pendientes
del último y primer movil.
No violenteis mi alvedrío,
ni me saqueis contra el órden,
que me dió naturaleza
á la campaña disforme,
á ser entre los soldados,
que son de Marte leones,
fábula de vuestra sangre,
y afrenta de mis mayores.
No á todos, señor, nos suenan
bien las militares voces;
ni los laudes de Marte
animan los corazones
de los qne están enseñados
á oir entre Ruiseñores
cláusulas dulces del Alva,
armonía de los Orbes.
Yo he estudiado en estas hojas,
que los zéfiros descogen,
muchas letras naturales;
y á la luz de esos faroles
he leido, que la vida
es un tránsito, que coge
la cuna y la sepultura,
en cuya mansion el hombre
apénas se acuesta dia,
quando se introduce noche.
Yo no pretendo, señor
ir del campo á los salones
de Palacio á pretender
(por haber muerto á los hombres)
plaza de fiera, ni quiero
que se vistan mis pasiones
de la túnica de Marte.
Vístanse los Ricos-hombres,
los guerreros, los valientes,
y los bravos Infanzones,
que á mí me basta, señor,
aquella túnica pobre,
que nos da la muerte, quando
nos da el sepulcro por norte.
Suspended pues el decreto,
que no todos los varones
de conocidos solares
libraron sus pundonores
en las armas, que las letras,
con inmortales renombres,
levantaron muchas Casas
al solio de los Señores.
Yo, en efecto, no he nacido

con aquel ímpetu noble,
con aquel valiente ardor,
que saca entre los humores
el relámpago viviente,
que ostenta luces feroces.
Ultimamente, estas breñas
por hijo me reconocen,
aquí pretendo vivir,
sin que la guerra me postre,
sin que la envidia me acabe,
la conquista me corone,
la tiranía me halague,
la crueldad me desenoje,
la atrocidad me condene,
la ciega ambicion me estorbe,
y en fin, como bruto fiero,
sin ley, sin Dios y sin nombre
me coja en pecado aquella
vida y muerte de los hombres.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, si, juro á ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Martin Palaez, hijo, advierte,
que hombre noble nunca ha sido
cobarde, porque ha nacido
peleando con la muerte.
La nobleza es un diamante:
nace bruto el hombre, y luego,
si es noble, descubre el fuego
de aquel ardor vigilante.
Tú, como nunca has salido
á campaña, bruto estás;
pero tú te labrarás
al són de Marte lucido.
Tú no tienes sangre mia?
Mart. Sí. *Pel.* Pues mi sangre defiendo
con mi sangre. *Mart.* Yo no entiendo
tan noble Filosofía.
Si vuestra sangre heredé,
y cumplo con la quietud
las leyes de la virtud,
vuestra nobleza aumenté.
Lo que reparte al formar
Dios y la naturaleza
al hombre, no habrá nobleza,
que se la pueda quitar.
Si Dios no me concedió
este marcial frenesí,
quién me puede dar á mí
lo que el Cielo no me dió?
Si el natural accidente
hace de su sér alarde,
cómo puede ser cobarde
quien no ha nacido valiente?
Cobarde se ha de llamar
el que nació con valor,
y no sustenta su honor,
pudiéndolo sustentar;
pero el que tuvo al nacer
pacífica inclinacion,
no faltando á la razon,
nadie le puede ofender.
La perfecta cobardia
es aprender á matar;
pero saber perdonar,
es la mayor valentía.
De lo que soy me disculpa
la fábrica que formasteis,
porque si vos me engendrasteis,
en qué he tenido la culpa?
Y pues la causa no dí;
dad muchas gracias á Dios,
que no me quejo de vos
de haberme engendrado así.
Y no os canseis, finalmente,
en reprobar lo que apruebo,
que si no me haceis de nuevo,
yo no puedo ser valiente.
Chap. No se canse su mercé,
su hijo y yo somos dos
gallinas, sí, juro á ños.
Pel. Calla, infame. *Chap.* Callaré.
Pel. Hijo, el Cid, como soldado,
quiere que á su lado seas
Scipion, para que veas
tu claro blason honrado.
Armas y espada lucida
te envia de la campaña,
y será afrenta de España,
y de Asturias conocida
baxeza, que un hijo suyo,
como tú, no se arme luego
de aquel encendido fuego,
de aquel mongibelo, en cuyo
incendio vive el ardor
á par del tiempo inmortal.
Mart. Mirad, que os está muy mal,
padre, ese marcial favor.
Pel. Mal me puede estar, que veas
la cara á la guerra? *Chap.* Si,
porque él y yo::- *Pel.* Quién á tí

te llama para que seas,
bruto, en materia tan grave
consejero ? *Chap.* Porque á yo
y mi amo nos parió,
sin duda alguna, aquella ave,
que junto al gallo se acuesta,
y en espantándole, sí,
á él, me espantan á mí:
sí por esta Cruz, por esta.
Pel. Mi maldicion te echaré
si no te armas Caballero:
ciñeté luego el acero.
Chap. No se canse su mercé,
mi amo y yo somos dos::-
Pel. Infame, tú hablas aquí ?
Chap. Sí, que mi amo está en mí,
y yo estoy en él, por Dios;
porque si mi amo fuere
valiente, lo he de ser yo.
Mart. Siempre un hijo obedeció
á su padre, mas se infiere,
que esta obediencia forzada
en mí viene á ser virtud,
y en vos, padre, ingratitud:
al punto venga la espada.
Chap. La mia venga tambien.
Mart. Armarme quiero (ay de mí!)
Chap. Armarme quiero (ay de tí!)
Pel. Darte quiero el parabien.
Elvira?
Salen Elvira de Labradora y Brianda.
Elv. Señor. *Pel.* Sobrina,
las armas que le ha enviado
el Cid á tu primo, al punto
las traygan aquí. *Chap.* Del gallo
todas las plumas á mí,
y aquel que me dieron, casco
de hierro, con el lanzon
con que alancéo los gansos;
me traygan aquí: señor,
es de burlas este ensayo
ú de veras ? *Mart.* Chaparrin,
luego hablarémos de espacio.
Chap. Hemos de ir á matar moros ?
Mart. Es fuerza salir al campo.
Chap. Armados? *Mart.* Sí. *Chap.* Bien está:
armas, armas.
Sacan en una fuente peto, espaldar y espada, y le arman á Martin, y para Chaparrin un casco con unas plumas de gallo.
Briand. Ya las traygo.
Elv. En fin, primo y señor, vais
á la guerra ? *Mart.* Sí los hados;
ó la fuerza de mi estrella,
Elvira, lo han decretado,
qué remedio ? *Elv.* Y nuestro amor ?
Mart. Nuestro amor, prima::- turbado *ap.*
estoy de ver este abismo
de confusion y de espanto.
Pel. Hijo, yo te quiero armar.
Briand. Chaparrin, que ya ha llegado
la hora en que de esta casa
vayas á la guerra ? *Chap.* Vamos
yo y mi amo á coger liebres,
ó andar á caza de galgos,
que lo mismo son de moros.
Briand. Dime, no me traerás quatro ?
Chap. Como yo los halle muertos,
te traeré ciento. *Briand.* Estás guapo.
Pel. Que bien te sientan las galas!
pareces un gran soldado.
Mart. Hay del serlo al parecerlo,
padre, un camino muy largo.
Pel. Este conquista el valor
con el ánimo esforzado.
Mart. Válgate Dios por valor!
dónde estás que no te hallo ?
Pel. En el corazon no sientes
con esa espada en la mano
nuevo espíritu ? *Mart.* El acero,
como es rayo acicalado,
es espejo de la muerte,
y ya no le temo tanto:
cuerpo de Dios, con las armas
me parece que he cobrado
el espíritu del Cid:
cierra España, Santiago.
Tocan el clarin, y tiemblan los dos.
Pel. Eso sí, cuerpo de Dios,
el clarin te ha desmayado ?
de qué tiemblas ? *Mart.* Pues si no
temblara yo, ni los diablos
oponérseme pudieran.
Pel. Vuelve en tí. *Mart.* Ya se ha pasado
la quartana del Leon.
Bria. Tambien tiemblas tú, borracho ?
Chap. No te admires, porque yo
soy el mono de mi amo.
Mart. Ea, padre, llegó el dia
en que á la guerra me parto,
dadme vuestra bendicion

y los brazos. *Pel.* Hijo amado,
Dios vaya en tu compañía,
mi honra pongo en tus manos:
morir con ella, es vivir,
aun á pesar de los hados. *Vase.*
Mart. Prima, perdonad, que creo,
que no es buen enamorado
el que no ha sido valiente:
hasta que haya conquistado
el nombre de Capitan,
no he de verme en vuestros brazos.
Elv. Yo fio de vuestro aliento
y corazon esforzado,
que dareis á vuestra sangre
blasones tan señalados,
que inmortaliceis su nombre
y á Dios, mi señor, que el llanto,
dulce castigo de amor,
sale á los ojos triunfando
de mi alvedrio: qué pena!
qué dolor! Ausencia, vamos
á morir, que así lo ordena
la influencia de los Astros. *Vase.*
Briand. A Dios, Chaparrin querido.
Chap. Encomiéndame á Santiago,
que vó á lidiar con Mahoma.
Briand. Una novena á ese Santo
te he de hacer. *Chap.* Así lo creo
de tu virtud y tu trato.
Bria. A Dios, Chaparrin. *Chap.* A Dios,
chaparra de otro chaparro.
Briand. Allá vas, cómante lobos. *Vase.*
Chap. Y á tí te lleven los diablos.
Mart. Fuéronse? *Chap.* Sí, ya se fueron,
y los dos hemos quedado
para un melonar, señor,
extremados espantajos.
Mart. Qué harémos? *Chap.* Ir, y sin ver
quatro moros en un año,
volvernos con nuestras caxas
de lata y nuestros despachos,
á quien llaman en la guerra
servicios empapelados,
que con ellos y con treinta
muertecitas de Rosario,
yo seré el Cid Campeador,
y tú Bernardo del Carpio.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Cid, Alvar Fañez, Lain y soldados.
Lain. Licencia pide, señor,
Martin Pelaez, que ha llegado
de Asturias á ser soldado,
y á gozar de tu favor
para hablarte. *Cid.* Entre, Lain,
que bien deseado ha sido,
del amor que le he tenido
sin haberle visto; en fin,
la sangre que tiene mia,
hace de su gozo alarde.
Salen de gala Martin Pelaez y Chaparrin.
Mart. El Cielo dilate y guarde,
por bien de esta Monarquía,
tu vida, señor; de suerte
que con inmortal renombre,
Marte eternice tu nombre *Arrodillase.*
sobre el trono de la muerte.
Cid. Llegad, llegad á mis brazos,
Martin Pelaez, levantad. *Abrazale.*
Mart. Qué valor! qué gravedad!
esos militares lazos
serán impulsos divinos,
pues con ellos y el favor,
que me haceis, tendré valor.
Cid. Los soldados peregrinos,
de su propio movimiento
le tienen: primo, llegad,
á mi sobrino abrazad.
Y vos, Lain, cuyo aliento
terror de los moros es,
favoreced á Martin.
Lain. El ser su amigo Lain,
es su mayor interes.
Alvar. Alvar Fañez por amigo
se ofrece vuestro. *Mart.* Señores,
con tan divinos favores,
me temerá el enemigo.
Cid. Buena presencia teneis,
no sois nada afeminado,
el cuerpo es de gran soldado.
Chap. El se lo dirá despues.
Oyes, no des testimonios
de quien eres, porque al fin:-
Mart. Quién nos truxo, Chaparrin,
entre estos fieros demonios?
Chap. Lo que es tu tio, un Leon
no es tan fiero como él:
severa vista. *Mart.* Cruel.
Chap. Jesus, qué bravo Sanson?
Cid. Quién sois vos? *A Chaparrin.*
Chap. Responde tú.
Mart. Criado mio y soldado.

Cid. Hombre parece alentado.
Chap. Señor soy un Bercebú:
pero mi amo Martin,
sobrino de su mercé::-
Mart. Mira lo que hablas. *Chap.* Yo sé,
que es un Roldan palanquin,
mata un toro de una voz,
un oso de una puñada,
un tigre de una patada,
y seis perros de una coz.
Cid. En qué allá se entretenia ?
Chap. Señor, en la caza andaba.
Cid. Buen exercicio. *Chap.* Cazaba
todo aquello que comia.
En oyendo el un clarin,
es gusto verlo rabiar
por salir á pelear.
Cid. Acude á su sangre, en fin.
Chap. Si señor, riñendo quedo
á mil moros, por lo baxo,
se los llevará de un Tajo,
como sea el de Toledo.
Cid. Martin Pelaez, el honor
en los nobles siempre ha sido
rayo de Marte encendido
en la esfera del valor.
De quien habeis de estudiar
todos los marciales fueron,
es de aquestos Caballeros.
Su doctrina militar
de norte os puedo servir
para llegar á vencer
que la regla del poder
con ellos se ha de medir.
A su mesa os sentareis
para quedar mas honrado,
y de visoño soldado
á Capitan llegareis.
Hoy en el número entrais
de los soldados, que abona
mas cerca de mi persona
el valor; y pues gozais
este puesto sin segundo
con efecto singular,
procuradle conservar
en el teatro del mundo.
Mart. Yo, señor, procuraré
cumplir con mi obligacion,
y en la primera ocasion
con valor me empeñaré,
que aunque visoño soldado,
al lado de estos dos soles
seré blason de Españoles.
Chap. Lindamente has blasonado.
Cid. Discurramos, Capitanes,
el estado de la guerra.
Ya ganamos á Alcocér,
Almenar, Monzon y Huesca,
y poniendo espanto al mundo,
venimos desde Requena
á sangre y fuego talando
todo el Reyno de Valencia.
Tres leguas de la Ciudad
estamos; esa Diadema
de los paises de Arabia,
pensil de naturaleza,
trono bélico de Marte,
solio de la quinta esfera;
Paraiso de los Orbes,
y Eliseo de los planetas;
y finalmente, Ciudad,
que no admite competencia,
porque en sitio y magestad,
edificios y grandezas,
fué Metrópoli de quantas
tuvo Roma, y formó Grecia:
y en fin, por joya en el mundo
la puso Dios en la tierra.
Esta pues, soldados mios,
conquistaremos á fuerza
de armas, á pesar de Bucar,
alarbe Rey, que la puebla
con mas de treinta mil moros
de la sangre sarracena.
Nuestro número es muy corto,
yo presumo, que no llega
nuestro exército á dos mil
soldados, que hecha la cuenta,
á cada uno nos cabe
en la batalla sangrienta
sus ciento y cinquenta moros:
no es mucho, que el que pelea
por la Fe, lleva á Santiago
por Patron en su defensa.
Y Santiago allá en Clavijo,
con apretar las espuelas
al caballo, se llevó
en una santa carrera
ciento y noventa mil moros;
detúvole Dios la rienda,
quizá por nuestros pecados,
que segun iba de priesa,

no queda moro en España
á quien no abra la cabeza.
Tocan y gritan dentro.
Pero el moro está en campaña.
Alvar. Y va baxando á la vega.
Lain. A nuestros quarteles baxa.
Chap. Aquí fué Troya de veras.
Salen el Rey Bucar, la Infanta y moros atravesando el tablado.
Inf. Agarenos valerosos,
viva nuestro gran Profeta.
Cid. Paganos, la fe de Cristo
viva, y estos perros mueran:
Santiago, cierra España.
Entranse el Cid, Alvar Fañez y Lain, y dase una batalla, entrando y saliendo.
Mart. O pese á mi miedo. *Chap.* O pesia
el alma, que me engendró.
Dent. Mor. Arma, arma, guerra, guerra.
Chap. No cierras tú? *Mart.* Chaparrin,
sígueme por esta senda:
tienes ánimo? *Chap.* Ninguno.
Mart. Por qué tiemblas?
Chap. Porque tiemblas.
Mart. Partamos de aquí. *Chap.* Partamos.
Mart. Ven, porque el Cid no nos vea. *vase.*
Chap. Ya yo voy: Jesus, los moros
que parte el Cid por las piernas!
y Alvar Fañez despachurra
á los moros á docenas;
solo mi amo se está
tan sesgo como una dueña.
El esquadron de los moros
no tiene pies ni cabeza,
la batalla está encendida,
solo mi amo se yela:
Jesus, y qual sale huyendo!
dónde vas de esa manera?
Sale Mar. Chaparrin, sígueme.
Chap. Aguarda.
Mart. Viene el Cid? *Chap.* Detente, espera.
Dent. Cid. Seguid todos el alcance.
Chap. Los moros huyen, no temas.
Dent. Cid. Cierra España, Santiago.
Chap. Ahora puedes tenderla. *Vanse.*
Sale Cid. De la batalla huyendo
Martin Pelaez, y del confuso estruendo
cobarde se ha salido;
así el solar de Asturias conocido
afrenta, y su linage
con tan villano ultraje
barbaramente infame,
quando entendí, que su valor y fama
se extendiese en los términos del mundo,
sin admitir en el valor segundo?
Corrido estoy que tenga sangre mia:
cómo en mi compañía
hombre cobarde alienta
con deshonor tan conocida afrenta?
Disimular conviene este cuidado,
y sea con prudencia castigado
delito tan infame,
que así es muy justo que el valor le llame.
Salen por un lado Alvar Fañez y Lain, y por el otro Martin Pelaez y Chaparrin.
Alvar. Los Arabes retirados,
nos dexaron la campaña.
Cid. Honor y gloria de España
fueron todos los soldados.
Lain. Hasta Valencia, señor,
el alcance hemos seguido.
Alvar. Martin Pelaez, Lain,
de la batalla salió?
Lain. Cobardemente se huyó.
Mart. No nos vieron, Chaparrin.
Chap. Linda traza hemos buscado
para guardar el pellejo.
Mart. No es mejor este consejo,
que morir desesperado?
Chap. Dios dixo no matarás,
y guardas su mandamiento
tan bien como en un convento.
Mart. Es locura lo demas.
Cid. No hay duda que saldrá el moro
con nueva gente esta tarde: *ap.*
que mi sangre sea cobarde
contra el blason y decoro,
que se debe á la nobleza!
Sacad las mesas: qué error!
Sacan las mesas, la una para el Cid, y la otra para los capitanes.
Chap. A comer tocan, señor,
alimenta tu flaqueza,
por si hubiere otro Santiago:
que yo quiero en mi campaña
hacer otro cierra España
en la Ermita de Santiago.
Al irse á sentar con los capitanes Martin, le detiene el Cid.
Cid. Esperad, Martin, los fueros
de la guerra son avaros,
no mereceis vos sentaros

con aquesos Caballeros.
Este lugar para vos
es un lugar indecente,
y mi fama no consiente,
que lo ocupeis vive Dios.
No, Pelaez, sentaos conmigo
á mi mesa, que os prefiero
á qualquiera Caballero
por pariente y por amigo. *Siéntanse.*
Mart. De la faccion no me pesa, *ap.*
claro está, que estoy bien quisto,
porque si me hubiera visto,
no me sentara á su mesa.
Si con él nadie ha comido,
mayor lauro me previene,
que Alvar Fañez, pues me tiene
para su mesa escogido.
Lain. Por cobarde le ha sentado
á su mesa. *Alvar.* Vive Dios,
que era infamia de los dos
el ponerlo á nuestro lado:
á buen soldado fió
el Cid tan honroso cargo.
Lain. Este es noble? este es hidalgo?
no es posible. *Alvar.* El se salió
de la batalla primera,
que se dió á Miramolin,
y mas valiera, Lain,
que á la guerra no viniera.
Cid. Bien os habeis señalado
en esta guerra. *Mart.* Señor,
como es visoño el valor::-
Cid. Decís bien, sois gran soldado:
si siempre lo sois así,
ganaremos á Valencia
muy brevemente: paciencia;
corrido estoy. *Mart.* Siempre fuí
inclinado á pelear.
Cid. Muy bien se os echa de ver.
Mart. Con el tiempo vendré á ser::-
Cid. Un Xerxes, no hay que dudar.
Chap. Dado estoy á Bercebú.
Digo, puedo yo ocupar
por mi amo este lugar?
Alvar. Mejor lo mereces tú;
come, Chaparrin, que al fin,
si no entraste no saliste.
Chap. Estos dieron en el chiste,
por vida de Chaparrin.
Cid. Gustais de música? *Mart.* Aquí
música, señor? *Cid.* Pues no?
la militar gusto yo:
toca un clarin. *Tocan y tiembla.*
Mart. Ay de mí!
Cid. Qué teneis? *Mart.* Nada, señor.
Cid. Sosegad. *Mart.* Estoy turbado.
Cid. Martin Pelaez, qué os ha dado?
Alvar. De qué tiemblas? *Chap.* De temor.
Señor Cid, por vida mia,
que nos disculpe á los dos,
que de la cuna, por Dios,
nos quedó esta alferecía.
Cid. Ola, levantad las mesas,
y solo quede conmigo
Martin Pelaez. *Mart.* Aquí muero.
Chap. Mi amo está tamañito.
Vanse todos, y quedan el Cid y Pelaez.
Cid. Pues solos hemos quedado,
Martin Pelaez, escuchad,
y de mi enojo sacad
vuestro error ó mi cuidado.
En público no ha de oir
el reo duelos agenos,
que las faltas de los buenos
á solas se han de reñir.
Que seais mi sangre, no sé;
pero quando lo seais,
no en el valor lo mostrais,
ni en vuestra espada se vé.
Volver el ímpetu atras,
ser noble y salir huyendo
de la batalla, no entiendo
que se haya visto jamas.
La nobleza y el valor
son el iman del acero,
ninguno ha sido primero,
á todos atrae el honor.
El temor siempre es mortal,
el pundonor nunca muere,
el uno baxeza adquiere,
y el otro nombre inmortal.
Vos sois noble y Caballero?
no lo sois, sí, yo lo digo,
que el que huye al enemigo,
ó es cobarde ó lisongero.
De qué temblais en la guerra?
no os embravece el estrago,
quando dicen Santiago,
cierra España, España cierra?
Cuerpo de Dios con el vicio
cobarde, lindos decoros
quando yo mato mas moros,

entónces tengo mas juicio.
Qué es huir? por San Millán,
que alabo á mi Dios Eterno,
quando despacho al infierno
las almas del Alcorán.
Amigo, saber morir
con honra, vida se llama:
que en la gloria de la fama
consiste solo el vivir.
En la esfera del honor,
y el solio de la grandeza,
el valor hace nobleza,
y la nobleza valor.
Hombre comun puede ser
valiente, temprano ó tarde;
pero hombre noble cobarde,
yo no lo puedo creer.
Los soldados qué dirán
viendo que salís huyendo,
y que se quedan riendo
los perros del Alcorán?
Qué dirán de vos, decid?
dirán con cuerdo sentido,
qué hombre es este que ha traido
para aquesta guerra el Cid?
En mesa de los valientes
caballeros, no se sienta
quien hace al valor afrenta;
en la mia hay accidentes,
que con la desigualdad
queda afrentado el sugeto,
pues dura tanto el respeto,
como dura la igualdad.
Aquesa mesa se llama
templo, y Marte no consiente,
que hombre cobarde se siente
en el templo de la fama.
Para merecerla vos,
habeis de matar primero
con el valor y el acero
los enemigos de Dios.
Matadlos, á pesar de mí,
y de quien os envió
á la guerra, á donde yo
á ser valiente aprendí.
Matadlos, digo, ó morir
como valiente soldado,
que no muere el que es honrado.
Esto os notifica el Cid:
y de no, mudad de intento,
entraos á servir á Dios
(que aquí no le servís vos)
desde luego en un convento.
Obre el valor este dia
lo que el acero no obró;
perded el miedo que yo
no tengo en mi compañía
sino Roldanes, Reynaldos,
Alexandros, Scipiones,
Xerxes, Cesares, Sansones,
Anibales y Bernardos. *Vase.*

Mart. Pues no me he caido muerto
oyendo tales oprobios,
ó no es cierto lo que he visto,
ó es mentira lo que toco,
ó es muerte lo que poseo,
ó no es vida la que gozo,
ú de este siglo he pasado
á lo insensible del otro,
ó estoy sin honra, que es mas,
porque bien puede ser todo.
Corazon, en quién consiste
este defecto alevoso?
Averiguemos verdades,
venid al teatro honroso
de la honra y del valor,
y en su tribunal heroyco,
ó morir de lo que siento,
ó vivir de lo que ignoro,
que es infamia del discurso
dexarse llevar del ocio.
La obligacion del nacer,
es observar con decoro
las leyes de haber nacido:
la república de todos
se defiende con algunos;
porque los hechos heroycos,
como nobles, dan nobleza
á los unos y á los otros.
El noble siempre es valiente;
nací noble? sí; pues cómo
soy cobarde? comprehendido
soy, por decreto lustroso
de la honra, que me obliga
desde el nacimiento propio
á defender con las armas,
como hidalgo valeroso,
la Fe, la Patria y el Rey.
Luego si no me dispongo
á morir por todos tres,
le falto al Rey en lo heroyco,
á la Patria en defenderla,

á la Fe dando á los moros
lugar para que la opriman;
y en estos actos heroycos
soy infame ciudadano,
mal vasallo, y sobre todo
mal cristiano, pues agravio,
por inútil y vicioso,
á Dios, al Rey y á los hombres:
caygase el etna en mis hombros.
Esto consentís, nobleza?
Esto permitís, decoro?
Por esto pasais, honor?
Esto no vengais, enojos?
No es mejor que el Sol dispare
un rayo caliginoso,
que en ceniza me convierta?
No es mejor que abran los poros
este torreon de arena,
en cuyo funesto solio
se sepulte para siempre
un hombre tan afrentoso?
Apuremos el discurso.
Con qué se hicieron famosos
los hombres? con el valor:
Y este valor, por si solo
á qué aspira? claro está,
que á tres admirables solios:
á la fama, á la nobleza,
y á la honra: luego á todos
afrenta quien no es valiente?
Si, porque su favor es soplo,
su honra nube que pasa,
su nobleza humo y polvo.
Luego si yo no conquisto
á lanzadas con los moros
estas deidades de Marte,
en rigor, entre los otros,
no soy hombre, claro está;
porque si el valor heroyco
hace á los hombres, y yo
no tengo valor notorio,
es que no soy hombre: O pesia
mi corazon pavoroso!
taládrele el menor rayo,
apáguele el menor soplo,
sufóquele el menor fuego,
y entre el pesar y el ahogo,
ni viva de las venganzas,
ni muera de los oprobios.
A mí afrentarme á la vista
de Capitanes famosos,
quitándome de la mesa,
dónde Marte belicoso
alimenta rayo á rayo
los ministros de su trono?
A mi decirme en mi cara,
que volví cobarde el rostro
de los Doros? Vive Dios,
que si llovieran los Polos
mas Alarbes, que el Diciembre
arroja del Cielo copos;
si granizaran las nubes,
ú destilaran á soplos
turbantes los elementos,
ó se cayeran á plomo,
que ha de conocer el Cid,
que aqueste diamante bronco
ha descubierto mas luçes,
que rayos despide Apolo. *Clarin.*
Eso si, cuerpo de Dios,
suene el clarin belicoso,
que ya sabemos la solfa,
por donde el valor heroyco
suele cantar á la fama
sus concertados elogios.
Ya está el alarbe en campaña,
rompamos por entre todos
los exércitos de Agar,
y como crecido arroyo,
que se lleva quanto encuentra
por los valles y los sotos,
así llevemos cabezas,
tantas, que digan los moros,
entre el pavor y el espanto,
entre el temor y el asombro,
que por descuido del Cielo
se desató de los Polos,
ó toda la quinta esfera,
ó el valor de Marte todo. *Vase.*

Dentro ruido de batalla y sale Chaparrin.

Chap. Vive Cristo, que mi amo
se ha vuelto un vivo demonio:
por Santiago de Galicia,
que va matando los moros
por los campos de Valencia,
como si matara pollos.
Cómo valiente mi amo,
y yo cobarde? eso nolo:
por la gorra de Sanson,
que han de ver estos cachorros,
no quien lleva el gato al agua,
sino los perros rabiosos.

Aquí se da la batalla, retirando á los Moros Martin, y luego sale con el Cid.

Cid. Martin Pelaez, escuchad;
salis herido? de gozo
no estoy en mí. *Mart.* No señor.
Cid. Limpiad la sangre del rostro.
Mart. Esa es gala de la ira,
y se me viene á los ojos.
Cid. Siempre Marte entra con sangre:
ois? desde hoy os conozco
por deudo mio, escuchad:
Capitan del Tercio os nombro
de los Leoneses. *Mart.* Señor::-
Cid. Ois? no ví tal destrozo:
por San Pedro de Cardeña,
que ha muerto doscientos moros:
mirad, sobrino, de hoy mas
os sentareis con los otros
caballeros á la mesa;
bien podeis, que yo os abono.
Chap. Yo con quien he de sentarme?
Cid. Habeis andado animoso?
Chap. Dos moros y medio he muerto,
y herido noventa y ocho.

Salen Alvar Fañez y Lain.

Cid. Alvar Fañez y Lain,
ha sido mucho el destrozo?
Alvar. Ha sido grande, y mayor
el estrago poderoso,
que Martin Pelaez ha hecho
en los Valencianos moros.
Lain. Lauro merece inmortal.
Mart. Capitanes valerosos,
lo que á vosotros se debe,
no ha de gozar con elogios
inmortales quien milita
debaxo de vuestro sólio.
Alvar. Dos correos de Requena
ahora, señor, llegaron,
y estas cartas me entregaron
del Rey y Doña Ximena. *Dasela.*
Cid. Novedad debe de haber;
esta es del Rey mi señor,
y dice: Cid Campeador, *Lee.*
conviene, que á mi poder
y á mi servicio, vengais
á Burgos, donde os espero,
con aquese mensagero:
Dios os guarde. Qué aguardais?
dadme un caballo al momento,
la tardanza me condena.
Alvar. Leed, señor, de Ximena
la carta. *Cid.* Es atrevimiento
en un vasallo de ley,
de lealtad tan conocida,
aunque le importe la vida,
faltar un punto á su Rey.
Alvar. En tanto que procuramos
tu jornada, leerás
la carta, y de ella sabrás
lo que contiene. *Cid.* Leamos.
Lee. Mis lágrimas son testigos
que os fuisteis, Cid Campeador,
y me dexasteis, señor,
entre vuestros enemigos.
Vos me ordenais, que á la raya
de Valencia vaya á veros,
y el Rey y sus consejeros
me han mandado que no vaya.
Vos andais entre soldados
conquistando un Reyno al Rey,
y él contra la justa ley,
confiscó vuestros Estados.
Bien claramente se muestra,
que sois distintos en guerras,
vos en darle nuevas tierras,
y él en quitaros la vuestra.
No permitais que yo viva
en tan duro cautiverio,
ni que le deis un Imperio
á quien me tiene cautiva.
Dice Bermudo, señor,
que al Rey no sois obediente.
Rep. Miente Don Bermudo, y miente
qualquier infame traydor,
que de aqueste testimonio
diere fe, y á la campaña
salga, y verá toda España::-
Chap. Demándetelo el demonio.
Cid. Caballerros, entre tanto,
que doy la buelta á Requena,
que será muy brevemente,
defended aquesta tierra,
como valientes soldados:
póngase toda la fuerza
en este sitio, hasta tanto,
que yo de la Corte vuelva.
Vos, Martin Pelaez, llevad
con cuidado y diligencia,
ántes que yo llegue á burgos,
los despojos de esta guerra
al Rey Alfonso, que son

catorce Alfanas Turquesas,
once cautivos Baxaes.
sin otras muchas perseas,
que hemos quitado á los moros;
y decidle, en quanto llega
mi valor á disculparse;
que mi lealtad y obediencia
ese presente le envia;
y sepan los que aconsejan
á los Reyes, que á los hombres
como yo que se gobiernan
con rectitud y Justicia,
no se confiscan sus tierras. *Vase.*

Mart. A Burgos iré, señor,
y aunque sea en la presencia
del Rey, sabrá Don Bermudo,
que esta espada se gobierna
por el impulso de Marte,
laurel de la quinta esfera. *Vanse.*

Sale Elv. con plumas y espada, y Briand.

Briand. A tu grande atrevimiento
nimguna accion le disculpa.

Elv. Si yo he tenido la culpa,
disculpeme mi tormento.
Amo á mi primo, y amor
con la fuerza del empeño,
á la vista de su dueño
hará ménos el dolor.
Vengo á la guerra á buscalle
por centro de mi deseo.

Briand. Mira, señora, que creo,
que andan moros en el balle.

Elv. El Exército Cristiano
detras de ese pardo risco
ha de estar. *Sale la Inf. y dos moros.*

Inf. Vaya la gente
en ese bosque sombrío
ocultandose hasta tanto,
que por la márgen del rio
baxen todas las escuadras,
y todos á un tiempo mismo
acometamos al Real
del Católico Enemigo.

Briand. Perdidas somos, señora,
moros en el bosque he visto.

Elv. Si la fuerza de los hados
ó los astros vengativos
se conjuran contra mí,
lluevan los cielos prodigios.

Inf. Espera, Alí, dos cristianas
entre esos ramos he visto.

Alí. Deteneos á la Infanta. *Llega.*

Elv. Valedme, cielos divinos.

Inf. Quién sois?

Elv. Dos cristianas nobles,
á quién el Cielo ha traido
á tu poder por esclavas.

Inf. Dónde caminais? *Elv.* Al sitio
de los cristianos, señora,
á morir de lo que vivo.

Inf. A morir? *Elv.* Si, que el amor
tiene seguro el peligro.

Inf. Sósiega, cristiana noble,
el alterado sentido;
la Infanta soy, ten valor;
descansar puedes conmigo:
á quién bienes á buscar?

Elv. A quien el alma he rendido:
tengo amor, y soy muger.

Inf. Qué es amor?

Elv. Un dulce hechizo,
que entrándose por los ojos,
desbarata los sentidos.

Inf. Yo no entiendo esa pasion:
son los cristianos muy finos
con las mugeres? *Elv.* Señora,
los hidalgos bien nacidos
nunca engañan á las damas.

Inf. Serán hombres peregrinos:
dónde están esos hidalgos?
porque lo que á mí me han dicho
es, que en vuestra tierra hay hombres
de tan doblados caprichos,
que si no engañan sus damas
con mil requiebros fingidos,
no les parece que cumplen
con quien son, y es desvarío
quererles, sino dexarles.

Briand. Soberanamente ha dicho.

Inf. Es tu nombre? *Elv.* Doña Elvira.

Inf. Pues á la guerra has venido
á ver, cristiana, tu amante,
vente á Valencia conmigo,
que desde allí te enviaré
con el decoro debido
á tu persona, á la raya
de Castilla, que hay peligro
si te diera libertad,
y ahora fuera delito
de mi grandeza. *Elv.* Tu mano,
que me concedas te pido,
por tan singular merced.

Inf. Ea, Agarenos, al sitio
del bosque, que ántes que el alva,
relámpago cristalino
de ese délfico planeta,
corone de luz los riscos,
ántes que el bello topacio,
engastado en el anillo
celeste, surque las once
campañas de nieve y vidrio;
por esas quatro veredas,
que nos señala este risco,
hemos de dar en el campo
del castellano Rodrigo,
ese pasmo de la Europa,
ese leon del castillo
de Marte, terror y espanto
de los pendones moriscos;
que juro por este rayo
de Alá, lunado prodigio,
esta parca de la muerte,
este acerado cuchillo
de Mahoma, á quien venera
la luz del lucero quinto,
que he de ganarles el fuerte
de Alcocér, aunque del circo
del último firmamento
baxe en alas de Zafiros
el Padron de la Cruz roxa,
pues para abatir los riscos
explendores de la aurora
para desplomar castillos,
para conquistar Ciudades,
y sujetar obeliscos,
basto yo, que de Mahoma
soy exâlacion, prodigio,
saeta, cometa, rayo,
relámpago y torbellino. *Vanse.*

Salen el Rey Alfonso, Bermudo y acompañamiento por una puerta, y por la otra Martin Pelaez y Chaparrin.

Mart. Martin Pelaez, gran señor, *arod.*
sobrino del Cid::- *Alf.* Alzad.
A qué venis? *Mart.* Su lealtad
y conocido valor
con un presente me envia,
que á los moros ha ganado,
cuyo triunfo venerado
de la marcial valentía,
dedica á vuestra grandeza,
suplicando le reciba,
para que su afecto viva,
impulso de su nobleza,
en el valor singular
de vuestro laurel sagrado.

Alf. Muy mal consejo ha tomado
Don Rodrigo de Vivar.

Berm. Pretende el Cid, gran señor,
disculpar con el presente
su soberbia inobediente,
solicitando el favor
de tu gracia, habiendo sido
instrumento de la guerra,
conque ha alterado tu tierra
el fiero moro atrevido.
No es bien, que tu Magestad
reciba ahora presente
de un vasallo inovediente.

Mart. Don Bermudo, reparad,
que el Cid, por divina ley,
es de la lealtad crisol,
y es el mejor español,
que tiene ni tuvo el Rey.
Si hablais porque está presente
su Magestad, sin segundo
ha sido el Cid en el mundo,
y ninguno mas valiente.
Y en esta accion, que defiendo,
se ve, que el Cid ha ganado
un Reyno, y vos por estado
al Rey se le vais perdiendo.
Y va á decir, si os agrada,
de ese temor á su escudo,
lo que va á decir, Bermudo,
de la lisonja á la espada.
Y sustentaré, por Dios,
que el Cid, soldado de ley,
es, para servir Rey,
mejor vasallo que vos. *Tocan.*
Y porque llega á palacio::-

Alf. Basta pues, esto ha de ser,
executad mi poder. *Vase.*

Berm. Luego hablaremos de espacio. *Vase.*

Chap. Qué es de espacio? por la cepa
primera que vió Noé,
que él acaballo, y yo á pie,
le haré, vive Dios, que sepa
quien es el Cid mi señor,
si, por San Pedro y San Pablo.

Sale el Cid.

Cid. Qué es esto? *Chap.* Haré lo que hablo,
por vida del Campeador.

Cid. Martin Pelaez qué es esto?

Mart. El Rey, señor, me dexó
en esta quadra, y se entró
con Don Bermudo. *Cid.* Qué es esto?
Salen Bermudo y Soldados.
Berm. El Cid está allí, llegad,
llevadle preso á Leon,
que así por su condicion
lo ordena su Magestad:
qué aguardais? *Sod.* 1. Parece error,
que tú sin llegar estés;
pero yo bastaré pues. *Llega.*
Cid. Qué quereis? *Sold.* 1. Nada, señor.
Dónde hemos de llevar
á Don Rodrigo? *Berm.* A Leon,
no se pierda la ocasion.
Chap. Por vida::- *Mart.* Yo he de matar::-
Cid. Sosegaos. *Berm.* Obre el valor:
qué aguardais ó qué temeis?
Soldad. Está bien, lleguemos pues. *Lleg.*
Cid. Qué quereis? *Soldad.* Nada, señor.
Berm. O qué costosos retiros!
yo solo quiero llegar,
para poder blasonar.
Cid. Qué quereis? *Berm.* solo serviros.
Cid. No sé yo si mi lealtad
apruebe ese frenesí,
pues para servirme á mí
aun no teneis calidad.
Haced de la lengua alarde,
sin salir de vuestra tierra,
que yo no llevo á la guerra
un lisongero cobarde.
No importa si he de escucharos,
que murmureis en mi ausencia,
pues puedo desde Valencia
con el aliento mataros.
Sabed, que aunque está cortada
la pluma de vuestra ausencia,
que hay muy grande diferencia
de vuestra pluma á mi espada.
Vos las antiguas noblezas
cortais con varios herrores;
pero si esa corta honores,
la mia corta cabezas.
Muy bien podeis murmurar,
soltad la lengua arrogante,
que claro está, que delante
de mí no osareis á hablar:
y aun creo de mi denuedo,
y de vuestro aleve pecho,
que aun á mi sombra sospecho,
que la tuvierades miedo.
Berm. Advertid, que manda el Rey,
que os lleve preso. *Sale Alf.* Esperad.
debe oir la Magestad
al reo, por justa ley,
Don Rodrigo de Vivar
se quede solo conmigo
en la quadra. Por el cetro *ap.*
Vanse, y quedan el Rey y el Cid.
que por impulso divino
recibí en Santa Gadea,
que he de ver si Don Rodrigo
manda en Castilla. *Cid.* Señor::-
Alf. Seguidme, Vivar. *Cid.* Ya os sigo.
Entran por una puerta y salen por otra, se corre una cortina, y vense algunos Reyes de España pintados.
Alf. En esta sala Real,
donde el silencio corona
de respeto á mi grandeza,
os pretendo hablar á solas.
A Burgos os he llamado,
para que las culpas todas,
que os imponen mis vasallos,
de que yo tengo memoria,
las absuelva la inocencia,
ó las castigue la honra;
porque el estado no sufre
violencias escandalosas.
Decidme, con qué pretexto,
con las armas vencedoras,
rompisteis por las fronteras
de Aragon, y en Zaragoza
obligásteis á Don Pedro,
Rey de la provincia toda,
á quejarse de las armas
de Castilla poderosas.
sin tener parte en la guerra,
que hizo vuestra gente propia,
contra la paz asentada
entre estas nobles Coronas?
Con qué intento, quando fuisteis
á la conquista famosa
de Valencia, me llevasteis
de Asturias, Leon y Astorga
los soldados mas valientes,
que al lado de mi persona,
columnas eran de España,
y pasmo de toda Europa?
Qué os movió, Cid Campeador,
á romper con belicosa

osadía por Monzon
y Alcocér, contra las propias
treguas, que hicisteis por mí
con Mahomad Belerboya,
obligándole á Castilla
á satisfacer la costa,
que al Africano en la guerra
le hicisteis con vuestras tropas?
En qué os fundais en sacar
para la guerra, que ahora
haceis á Valencia, sea
por fuerza ó voluntad propia,
de los Ricos-hombres, solo
los tesoros que ellos gozan?
A qué fin, ó con qué intento
quereis llevar á vuestra esposa
y vuestras hijas al Reyno
de Valencia? qué discordia
introducís al Estado?
Por ventura, en esta gloria
del vencimiento, quereis
de Valencia la Corona,
pasando desde vasallo
á la Diadema costosa
de Príncipe Soberano,
sabiendo vos, que la sombra
del reynar aflige á quien
con noble título goza
el laurel de sus vasallos?
Vuestra soberbia es notoria:
vos las leyes militares
las haceis sentencias propias?
Y sin dar parte al consejo,
sois árbitro de las otras
Naciones confederadas
á las dos Castillas solas?
Qué es esto, Cid Campeador?
qué nube vanagloriosa
se opone al sólar antiguo
de vuestra nobleza heróyca?
En qué fundais estos duelos?
Se os borró de la memoria,
que soy Don Alfonso el Sabio,
Rey de Castilla, que goza,
por la línea de los Reyes,
la famosa sangre Goda?
Hablad, que os he concedido
este breve rato ahora,
por no dexar, como debo,
á la parte generosa
de la Divina Justicia,
pues con ella y la notoria
igualdad de mi consejo,
sabré castigar discordias,
sabré oprimir vanidades,
y sabré, sin que se opongan
vasallos inobedientes
al poder de mi Corona,
ponerlos junto á los pies
las cabezas sediciosas;
que en tales casos no tiene
lugar la misericordia.

Cid. Estaba considerando,
que en aqesta sala propia
vuestro padre, que ya asiste
en Alcazares de gloria,
me dixo un dia, viniendo
de vencer á Limaona,
de los pies á la cabeza
bañado de sangre mora:
Cid Ruy Diaz, por vos Reyno,
mas vale vuestra tizona,
que quantas corbas cuchillas,
que quantas espadas cortan
por decreto de la muerte:
por vos me tiembla la Europa,
por vos soy Emperador
de quantos laureles logra
todo el ámbito de España;
perdonad mi vanagloria.
Dixo verdad vuestro padre;
porque hablando sin lisonja,
tres veces le dí la vida,
una en los campos de Loja,
otra enfrente del Moncayo,
y la tercera en Pamplona.
Hourróme Fernando aquí;
pero Alfonso me desonra:
mudanzas son de los tiempos;
vanidad son de las glorias
de este mundo; pero á mí,
ni me alteran, ni me postran:
el que fuí, soy y he de ser,
ande la fortuna loca
dando vueltas á su rueda,
que mi espada vencedora
ha echado á rodar el mundo
con ser diferente bola.
Yo, señor, no he de cansaros
con retóricas lisonjas
si rompí por Aragon,
os gané hasta Zaragoza:

si alteré la paz, primero
se entró Don Pedro en Rioja:
si os llevé los capitanes,
vuestras vanderas tremolan:
si hice guerra á Alí, os rendí
cinco Ciudades famosas:
si tributaron los ricos,
por eso el pobre no llora:
si os pedí á Doña Ximena,
no es agena, que es mi esposa:
si á mis hijas, claro está,
que son del alma custodidas;
de modo, que si juzgais
sin pasion mis culpas todas,
los cargos que me poneis,
perfectamente me abonan;
porque si de todos ellos
se aumenta vuestra Corona,
y vos, señor, os quedais
con lo ganado á mi costa,
vos cumplis con el consejo,
y yo con lo que me toca.
Y si estas, señor, son culpas,
cargadme de ellas, que á pocas
audiencias, sereis señor
de la gran Constantinopla.
Decis, que defiendo mal
la reputacion honrosa
de vuestra casa Imperial;
acuérdome, que allá en Roma,
entrando con vuestro hermano,
que murió sobre Zamora,
á besar la mano al Papa,
ví siete sillas famosas
de siete Reyes cristianos,
y una de las sillas sola
estaba un grado mas alta,
que la vuestra; no es lisonja,
por San Juan Evangelista,
que llevado de la honrra,
de un puntapie que la dí,
fué la tal silla imperiosa
á estrellarse con el techo,
y á vuestra silla Española
la puse con la del Papa;
y á cierta osada persona,
que lo quiso defender,
asiéndole de la gola
le arrojé sobre la pila
de agua bendita, y tomóla,
con que salió perdonado
de veniales discordias;
y si no me lo quitaran,
fuera mortal su congoxa.
Y porque sepais quien soy,
hazaña es esta, que monta
mas que todas las de Xerxes;
yo, á pesar de Europa toda,
en tiempo de vuestro padre
me opuse con mi persona
á defender, que Alemania
con la máquina redonda
del Imperio, no tuviese
en la Nacion Española
jurisdiccion militar,
y quité á España con honrra,
que no le pagase el feudo,
que le pagaban las otras
Naciones: y vive Dios,
que si os falta mi tizona,
que habrá de caer::-

Caese el quadro del Rey, y detiénele el Cid.

Alf. Qué es esto?
Cid. Vuestro retrato fué ahora
á caer; pero mi mano,
imán de vuestra Corona,
le detuvo, que aun pintado
defiendo vuestra persona.
Alf. Si; pero en Santa Gadéa
al original sin copia
le tomasteis juramento.
Cid. Aun teneis de eso memoria?
Alf. Y la tendré eternamente:
no esteis en Burgos un hora,
llevaos á Doña Ximena
y vuestras hijas.
Cid. De forma,
que me mandabais prender?
Alf. El decreto se revoca,
porque ganeis á Valencia.
Cid. Para vos la gano sola.
Alf. Está bien; ello dirá.
Cid. Si algunas lenguas traydoras
os han dicho, que yo intento
conquistar tierras remotas,
que no sean para vos,
con esta de Marte antorcha,
fuego ó tizon, con que abraso
los Ministros de Mahoma,
por el altar de San Pedro::-
Alf. Retiraos, que ya es hora.
Cid. Partirme será mas cierto.

Alf. Quando os partais poco importa.
Cid. Poco importa? *Alf.* Si, Rodrigo.
Cid. Mis hazañas os respondan.
Alf. Dios os ampare, buen Cid.
Cid. El guarde vuestra persona.

JORNADA TERCERA.

Tocan caxas, y salen el Rey Bucar y la Infanta, Celinda, Arlaja, Alí y Moros.

Arl. Pues defendiste el bélico estandarte, desnúdate la túnica de Marte.
Cel. Descansa un poco del marcial estruēdo.
Inf. Quãdo á nuestra ciudad está ofēdiēndo
con trabucos de guerra el enemigo,
y ese español Rodrigo
pretende por instantes
asaltar esos muros de diamantes,
no es justo descansar.
Rey. Siéntate ahora
en esa alfonbra, que bordó la Aurora.
Arl. Treguas concede á la quietud divina.
Inf. Mi alimento es la guerra peregrina.
Rey. Conozco, que esta Luna
quiere eclipsar el Sol de mi fortuna;
pero con el valor se vencen luego
los impulsos neutrales del sosiego.
Inf. Qué novedad es esta? *Tocan caxas.*
Alí. Que ha llegado,
señora, un gran soldado, (ra.
Embaxador del Cid. *Rey.* La paz procu-
Inf. Díle que entre.
Rey. Alabo su cordura.
Salen Martin Pelaez y Chaparrin.
Mart. Rey Bucar poderoso,
hijo de Mahomad, Rey valeroso,
de la casa de Meca brazo fuerte,
guardete el Cielo.
Chap. Y de la misma suerte,
vaya tu alma al lago de Sodoma,
y de allí al paraiso de Mahoma.
Mart. Y á tí, Sol de la Luna no vencida,
dilate el Cielo tu felice vida.
Chap. Y despues de cãutiva en mi presēcia.
te quedes á la Luna de Valencia.
Rey. Toma asiento, cristiano valeroso,
debido á tu nobleza. *Chap.* Si es forzoso,
sentémonos tambien.
Siéntanse, y Chaparrin junto á las Moras.
Rey. Qué haces villano? (tiano.
Chap. Sentarse entre estas moras un cris-
Inf. Sepamos tu embaxada.
Mart. Lo que siente
mi General, diré muy brevemente.
Don Rodrigo de Vivar,
Señor, de Cardeña y Alva,
Conde de Orgáz y Alcocér,
Gobernador de las armas
de Alfonso Rey de Castilla,
Gran Canciller en su casa,
y del consejo de Guerra,
primer Ministro en España,
salud y paz os envia.
Dice, que estando cercada
por las armas de su Rey
esta Ciudad, coronada
de tanto Agareno fuerte
un tiempo, y hoy por la gracia
de Dios tan de parte suya
la victoria que no falta
sino el asalto postrero
para rendirla y ganarla,
que os dá de plazo seis horas
para que de la atalaya
las llaves de la Ciudad
le envies ántes del Alva;
porque sino desde luego
requiere, avisa y declara,
que ha de llevar á cuchillo
sin reservar de tu casa
la sangre Real que te asiste,
toda la Ciudad, que basta
que las armas de su Rey
hayan tenido cercada
un año esta gran Ciudad.
No indigneis del Cid la saña,
porque si se enoja, pienso,
que si sube á las murallas,
que se lleve de un revés
quantas moriscas gargantas
tiene, no solo Valencia,
pero Marruecos, Aljana,
Tunez, Argél y la gran
casa de Meca, y el arca
del zancarron de Mahoma
tan venerado en el Asia.
Inf. Con tu licencia pretendo
responderle. *Chap.* Linda galga.
Inf. Embaxador, dile al Cid,
que Altisidora la Infanta
de Valencia, gran Princesa
de Denia, Luna Africana
del Alcoran, y cometa

de las las esquadras cristianas,
no solo quiere rendirle
esta Ciudad soberana,
pero que le notifica,
que ántes que pase mañana
le ha de echar de todo el Reyno
de Valencia, y en su Alfana,
que en las ráfagas del viento
es hipógrifo con alas,
ha de llegar á poner
las diez Lunas Otomanas,
con el Pendon de Mahoma,
no solo en las torres altas
de Burgos, sino en Zamora,
Palencia, Toro, Cantabria,
Pontevedra, y sobre el mismo
sepulcro, que tiene y guarda
Galicia del gran patron
de los Imperios de España.
Mart. Yo te alabo tu ventura.
Inf. Yo cristiano, tu arrogancia.
Mart. Con la paz te ruega el Cid.
Inf. Yo con la guerra y las armas.
Mart. Lástima tengo á tu mucho
valor y hermosura rara.
Inf. Yo á tu presencia, que tienes,
si la vista no me engaña,
valor, nobleza y poder,
valentía y arrogancia.
Mart. La paz se debe admitir.
Chap. Mas quiere la paz de Francia.
Salen Elvira y Brianda.
Elv. Qué es Embaxador del Cid
el que ha llegado? *Brian.* La Infanta
está aquí con él. *Mart.* Que veo!
Chaparrin, se engaña el alma?
no es esta mi prima? *Chap.* Si:
y con ella está Brianda.
Elv. Cielos qué miro! *Briand.* Señora::-
Elv. Vivid muertas esperanzas.
Briand. No es tu primo y Chaparrin?
Inf. Conoces, noble Cristiana,
á este Embaxador? *Elv.* Señora,
el cristiano que buscaba,
quando tú me cautivastes,
es este. *Inf.* Detente, aguarda,
que no has de ir con él.
Chap. Qué harémos?
Mart. Aun que me mate, la guarda,
aunque las leyes se rompan,
ó morir ó libertarlas.
Chap. Parece cosa imposible,
ya voy tentando la espada.
Mart. Esto es fuerza, obre el valor.
Chap. Lo demas es patarata.
Mart. Suplícote me concedas
llevar aquesa cristiana;
por ser prenda que yo adoro.
Chap. Yo llevarme la criada,
á pesar de Berbería,
del zancarron y la pata.
Rey. Cristiano, esa esclava noble
no es posible que la Infanta
te la conceda. *Mart.* Bien sé,
que de una Ciudad cercada
no puedo escapar con vida;
pero el empeño me llama:
yo he de librarla. *Rey.* Qué dices:
de mi palacio no salga
con vida. *Elv.* Valgame el Cielo!
en todo soy desgraciada.
Rey. Matadlos. *Alí.* Mueran. *Inf.* Teneos.
Mart. Quién ha de morir, canalla?
Rey. Las leyes de Embaxador
á ese español no le valgan:
matadlos, digo. *Inf.* Esperad,
no han de decir, que las armas
de Bucar, Rey de Valencia,
y Altisidora la Infanta,
rompieron con deshonor,
aunque haya bastante causa,
el derecho de la guerra:
fuera de que la bizarra
valentia del cristiano,
el oponerse á la guarda,
el dar su vida á la muerte
por defender á su dama,
mas obliga que desprecia,
mas ennoblece que agravia;
y si cristiano no fuera,
y rigiera mis esquadras::-
pero es contra mi valor:
el buscarlo en la campaña
es accion de mi grandeza:
ya tienes libre la esclava,
sigue, cristiana, tu amante.
Elv. Con la vida y con el alma.
Mart. Qué me mirais, Africanos?
Chap. Qué me mirais, Africanas?
Mart. No llega alguno? *Chap.* No Llega?
Mart. Ven, Elvira.
Chap. Ven, Brianda. *Vanse.*

Inf. A La muralla, soldados,
toca al arma. *Rey.* Toca al arma.
Vanse, y salen el Rey D. Alfonso, Alvar Fañez y Bermudo.
Alvar. Vuestra Magestad, señor,
en el campo de Valencia,
honrrando con su presencia
vasallos á quien da honor?
Alf. Solo con Bermudo vengo
á ver al Cid recatado:
mas no sepa que he llegado,
que aunque tan seguro tengo
de un vasallo tan leal
el pundonor y la ley,
debida siempre á su Rey
por derecho natural,
pretendo que le digais,
Alvar Fañez, que yo soy
un cavallero que voy
á servirle. *Alvar.* Vos llegais
á tiempo, que de esta parte
sale el Cid á recoger
sus quarteles, y á poner
reglas al valor de Marte;
y hay media legua, señor,
al campo de Peñalver,
y podeis hablar con él,
que la noche con su horror
podrá encubrir, aunque mal,
el sol de vuestra grandeza.
Alf. De vuestra mucha nobleza
fio esta accion principal.
Decidle que yo me llamo
de Castilla Don Enrico.
Alvar. El viene aquí con Lain.
Sale el Cid y Lain.
Cid. Es Alvar Fañez? *Alvar.* El mismo
soy, que aquí estaba aguardando.
Ea, llegad, Don Enrico.
Este noble caballero,
señor, que veis, ha venido,
cumpliendo con su nobleza,
desde la corte á serviros:
es mi amigo, y de la casa
de Castilla. *Alf.* Siempre he sido
de la casa de Vivar
deudo, criado y amigo.
Cid. Yo lo soy vuestro, y venís
á tiempo que vuestro brio,
valor y sangre se emplee
en vencer al enemigo:
y pues alguna distancia
hay al campo donde asisto,
dadme nuevas de la corte.
Berm. Ellos van entretenidos
sigámoslos á lo largo,
y en tanto habrá amanecido,
y habrá logrado su intento. *vanse los 3.*
Alf. En la corte, Don Rodrigo,
hay lo que siempre, lisonjas,
pleytos y pocos amigos.
Cid. Cómo está el Rey mi señor?
Alf. Bueno está, pero afligido
con las guerras de los moros.
Cid. Pues hay mas que destruirlos?
Alf. De qué suerte? *Cid.* De esta suerte:
tenerlos por enemigos,
no fiarse de sus tratos,
ni en el comercio admitirlos,
y vereis si no se ocaban
en tres años ellos mismos.
Alf. Riguroso arbitrio es ese.
Cid. No os canseis, el enemigo
si entra en mi casa dos veces
sabe todos mis designios;
si le concedo que venda
sus frutos, él queda rico
y yo pobre, y para mí
no hay mas diabólico arbitrio,
que consentir á quien Dios
tiene por sus enemigos.
Alf. Está el tesoro del Rey,
con las guerras que ha tenido,
muy acabado. *Cid.* Eso es fácil;
que contribuyan los ricos,
porque en tocando á los pobres,
dadlo todo por perdido.
Alf. Si el Rey ganara á Toledo,
quedara el Reyno excluido
de guerras por muchos años.
Cid. Dexadme vos, Don Enrico,
que una vez gane á Valencia,
y vereis si Don Rodrigo
de Vivar gana á Toledo.
Alf. Está fuerte el enemigo.
Cid. Mas fuerte está Santiago,
que no dexa moro vivo
en saliendo á la campaña.
Alf. Es verdad, lo mismo digo.
Cid. Qué dicen de mí en la corte?
Alf. Nunca faltan enemigos,
el Rey no olvida jamás

el juramento, que hizo
por vos en Santa Gadea.
Cid. Aun le dura ese capricho?
Alf. No os quiere bien. *Cid.* Yo lo creo,
quiera ó no, yo le he querido,
y quiero como á mi Rey.
Alf. El es cruel, vengativo,
soberbio, ambicioso::- *Cid.* Basta::
Escuchadme, Don Enrico,
en diciendo mal del Rey,
no habemos de ser amigos.
Alf. Si lo sereis: porque yo
con grande extremo he sentido
el haberos confiscado
vuestras tierras. *Cid.* Si lo hizo,
son suyas, púdolo hacer.
Alf. No pagar el beneficio
ingratitud me parece,
y por esta causa digo,
que es un principe cruel.
Cid. Sin duda, á lo que imagino,
quereis que los dos riñamos.
Alf. Que os reporteis os suplico.
Cid. No teneis que suplicarme,
porque al padre que me hizo
matara, si me dixera
mal del Rey. *Alf.* O buen Rodrigo
ó vasallo el mas leal, *ap.*
que tuvo principe invicto!
Escuchadme, no es mejor
cobrar vuestro estado mismo
en el Reyno de Valencia?
Cid. Mal mi cólera resisto. *ap.*
Alf. Ganadla y quedaos con ella,
que en vos no será delito.
Cid. Don Enrico ó Don Demonio,
que habeis salido al camino
á tentarme, de esta suerte
doy á traydores castigo. *Empuña.*
Alf. Advertid, que soy el Rey.
Cid. El Rey? qué es lo que habeis dicho?
á la luz que arroja el Alva
á mi Rey he conocido:
Señor, vos aquí? qué es esto?
Alf. Dadme los brazos, amigo:
pero qué es eso? *Dentro ruido.*
Dentro el Rey. O matadlos,
ó llevadlos por cautivos.
Cid. Moros son, no os dé cuidado,
que si vos estais conmigo,
toda el Africa es muy poca.

Salen Moros, y retiranlos el Rey y el Cid á cuchilladas.

Ha perros. *Alf.* Mueran, Rodrigo.
Cid. No os aparteis de mi lado.
Dent. Alí. Válgame Alá, qué prodigio!
retirémonos al bosque.
Cid. Como galgos han corrido,
ménos algunos, que quedan
por esos campos tendidos.
A buena presa aspiraban
los perros de los moriscos:
no es nada, á prender á un Rey
de Castilla y á Rodrigo
de Vivar. Pero, señor,
de Burgos habeis venido
con riesgo tan evidente?
Alf. Cid Ruy Diaz, no hay peligro
donde llega vuestra espada.
Dent. Alv. Moros en el bosque he visto,
acudid. *Salen Alvar, Lain y Berm.*
Cid. Ya llegais tarde.
Alvar. Señor, qué os ha sucedido?
Cid. Alvar Fañez, no, no es nada:
vuestro amigo Don Enrico
anduvo como pudiera
el Rey de Castilla mismo.
Alf. Don Rodrigo de Vivar,
deudo, vasallo y amigo,
mi engaño y vuestra lealtad
claramente he conocido;
con secreto vine á veros,
y desde luego confirmo,
que quanto de vos dixeron
lisonjeros enemigos,
fueron nubes del estado,
vapores tan encendidos,
que al sol de vuestra nobleza
se opusieron atrevidos:
no solo vuestros estados
quedan libres, pero digo,
que si partiera el Laurel
con vos, fuera muy sucinto
premio para laurear
vuestros hechos peregrinos.
A los confines de Cuenca
me parto, donde el aviso
de haber ganado á Valencia
esperaré, que yo fio
del Apóstol Santiago,
principe por quien vencimos
tan milagrosas batallas,

que con impulsos divinos
gobernará las esquadras
de los católicos hijos
de la militante Iglesia.
Cid. Que perdoneis os suplico,
Rey Alfonso, mis defectos,
como yo á mis enemigos:
el mas valiente soldado,
el capitan mas altivo,
en perdonar los agravios,
y en consolar los rendidos
debe fundar el valor,
que los cristianos avisos
nos manda, que perdonemos
los duelos que recibimos:
llegad, Bermudo, llegad,
que quiero ser vuestro amigo.
Berm. Confieso que no merezco
favores tan peregrinos.
Alf. Tan sabio como valiente, *ap.*
tan recto como entendido,
tan piadoso como noble,
es el Cid. Ya los avisos *Tocan.*
marciales señas nos dan
de la guerra: Don Rodrigo,
á Dios. *Cid.* En tocando Marte
su militar exércicio,
no hay hombre cuerdo á caballo:
á Dios. *Alf.* Varon peregrino,
admirable consejero,
y Alexandro no vencido
es este pasmo del Orbe,
este asombro de los siglos.
Vanse el Rey y Bermudo, y salen Martin Pelaez y Chaparrin.
Cid. Martin Pelaez, qué dice el enemigo?
Mar. Señor, que no pretende ser tu amigo,
q̃ á Valẽcia, ni el fuerte ha de ẽtregarte,
que gobierna Mahoma su estandarte,
que ha de echarte del Reyno de Valẽcia,
que su pendon pondrá sobre Palencia,
Burgos, Cantabria; y porque dixe luego
que habias de llegar á sangre y fuego
esta Ciudad, y dar con el gobierno
de la casa de Meca en el infierno
me respondió la Infanta, que pondria
las diez Lunas, señor, de Berbería,
con militar estrago,
sobre el sepulcro del patron Santiago:
y así, señor, acometamos luego,
llevemos la Ciudad á sangre y fuego:
mejor será pasarlos á cuchillo.
Alvar. Y mejor el obrallo que el decillo
Señor, á qué aguardamos,
que este baxel soberbio no asaltemos?
Lain. Ya á la vista hemos llegado,
y tu exército aclamando
está desde el Oriente
hasta el último clima del poniente.
Chap. Mueran esos paganos;
de que sirve que andemos los cristianos
en razones dobladas?
vive Dios, que si subo, á bofetadas
no ha de quedar perengue,
que á palos no derriengue,
cercenando de un tajo la canilla
del zancarron sin que le dexe astilla.
Dent. Inf. A la muralla, fuertes capitanes.
Dent. Rey Bucar. A los castillos.
Cid. Rabien estos canes,
ántes que con las flechas nos reciban.
Dent. voces. Bucar y Altisidora vivan.
Dent. Vivan.
Cid. Capitanes y nobles caballeros,
para ahora se hicieron los aceros:
esta es Valencia, á quien el Turia baña,
noble teson de nuestro mar de España
firme atalaya de las ondas bellas,
iman del resplandor de las estrellas;
hoy con valor previsto,
pues peleamos por la fe de Cristo,
sus muros asaltemos,
y el Alcorán de la ciudad echemos.
Mart. Si como ostẽta esta soberbia cuũbre
veinte mil agarenos, ostentara
rayos forjados en la etérea lumbre,
por ellos con valor me abalanzara;
y si toda la inmensa pesadumbre
de moros el Olimpo granizara,
aquí formaran los mortales ecos,
y esperaran ẽ Tunez y en Marruecos. *vas.*
Alv. Si á trepar por la escala intempestiva,
nave del Ponto, moros despidiera,
y llovieran adargas desde arriba
los polos donde el Etna se encendiera,
con esta, por la esfera succesiva,
tantas cabezas moras dividiera,
que imaginara la Region mas vana,
q̃ llovian las nubes sangre humana. *vas.*
Lain. Si á diluvios el Africa oprimida
por las almenas moros arojara,
coronando su aljaba no vencida

de monstruos, qué el abismo desatara,
con esta espada de valor regida,
tantos cuerpos alarbes destroncara,
que al eco horrible de los ecos broncos
se arrancaran los exes de los trõcos. *vas.*

Chap. Qué lindos disparates de poeta!
de que sirven hipérboles civiles?
por la cabeza que cortó el Profeta
al gigante de fuerzas varoniles,
que si subo los queme con su seta,
y derritiendo al sol quatro perniles,
á pesar de Mahoma y su gobierno,
los envie pringados al infierno. *Vase.*

En las almenas todos los moros y moras y la Infanta.

Inf. Valerosos Agarenos,
rayos de nuestro profeta,
defendamos, como nobles,
la gran Ciudad de Valencia.

Aquí se da la batalla, los cristianos suben por escalas por los dos lados, cubiertos con rodelas, y los moros con alcancías, y Martin Pelaez sube, y pone el pendon despues.

Cid. Ea, Castellanos nobles,
la fe de Cristo profesan
nuestros fuertes corazones:
Santiago, España cierra.

Inf. La Ciudad hemos perdido.

Dent. voces. Al fuerte. *Otros.* Al foso.

Otros. A la puerta.

Dent. voces. Victoria, España, victoria.

Mart. arriba. Coloquemos la bandera.
Valencia por Don Alfonso
Rey de Castilla,

Sale el Cid. Ya Reyna
en Valencia por la gracia
de Dios Alfonso, la diestra
del gran Dios de las batallas
ha sido nuestra defensa,
pero acudamos al fuerte,
porque todo se prevenga. *Vase.*

Salen los moros huyendo.

Rey Bucar. Salgamos por el postigo
á la campaña, á la vega,
pues que perdimos, soldados,
la gran Ciudad da Valencia,
escapemos con las vidas,
para que con mayor fuerza
volvamos á recobrarla. *Vanse.*

Salen Martin Pelaez y Alvar Fañez riñendo y la Infanta.

Mart. Mia ha de ser esta empresa.

Alvar. Viviendo yo, no es posible.

Mart. Yo llegué á reconocerla.

Alvar. Primero he llegado yo.

Inf. Sobre qué es la competencia?

Mart. Sobre servirte y llevarte,
como á persona Real,
ante nuestro General;
que el mayor triunfo de Marte
no es vencerte, es venerarte
por quien fuiste, y por quien eres;
y así vencedora eres
de nuestros marciales nombres
porque el rendir á los hombres
solo toca á las mugeres.

Alvar. Es verdad pero mi espada
á cuchilladas rompio
la escuadra de Alí; y sacó
á la Infanta de su armada:
y pues ha sido ganada
por este brazo, se infiere,
que aquel que la pretendiere,
fuera el Cid, entre los dos,
le he de matar, vive Dios,
si el mundo le defendiere.

Mart. Primero que vos llegué
á la escuadra belicosa
de la Infanta valerosa,
y su valor conquisté;
y pues este acero fué
el que la pudo sacar
de tan oculto lugar,
á pesar de los blasones,
escusemos de razones,
pues nos hemos de matar.

Inf. Escuchad: formar un duelo
sin haber causa, parece
que ningun lauro se ofrece
al aliento ni al desvelo;
ántes yo con justo zelo
podré sin culpa culparos;
porque si son los reparos
en haberme á mi vencido,
y la espada no he rendido;
sobre qué quereis mataros?
Este acero está en mi mano;
y el impulso que le rige
solo el venceros elige
para blason soberano;
y pues á cumplir me allano
este decreto del Cielo,

cese el militar desvelo,
y no os disgusteis, por Dios,
que he de matar á los dos
por excusaros el duelo.
Mart. Primero ha sido el honor.
Alvar. La honra ha de ser primero;
obre el valor. *Mart.* Decís bien.
Sale el Cid. Qué es aquesto, caballeros?
quando á Valencia rendimos
se encuentran vuestros aceros?
sobre qué ha sido el disgusto?
Mart. Sobre que los dos á un tiempo
cautivamos á la Infanta.
Cid. Ya está entendido el pretexto.
Si vuestra Alteza es la causa,
disculpa tienen sus yerros.
Inf. Sois el Cid? *Cid.* El mismo soy.
Inf. Solo á vos rindo mi acero,
que otro ninguno en el mundo
tuviera tan grande Imperio,
que sujetase este brazo.
Cid. Yo, Señora, no sujeto,
aunque sois Palas divina,
los femeniles trofeos:
hoy quiero que conozcais
mi nobleza, que los duelos
de tan valientes soldados
sin competencia los premio.
Acompañad á la Infanta
hasta el castillo Roquero,
donde el Rey se ha retirado,
que yo libertad la ofrezco:
y decidle á vuestró padre,
que pase al Africa luego
á pedir nuevo socorro
á Miramolin su deudo,
que el Cid sabrá como siempre,
aunque trayga de Marruecos
cien mil ginetes Celinos,
ó matarlos ó prenderlos.
Inf. Qué valor! que magestad!
Cid. Libre estais, guárdeos el Cielo. *vanse.*
Salen Chaparrin y Alí.
Chap. No hay un esclavo que salga
á servirme? Ola, Celin.
Alí. Qué mandais? *Chap.* O casta ruin,
engendrado en una galga!
limpia aquí. *Alí.* Tu esclavo soy.
Chap. A mucha grandeza vengo,
descientos esclavos tengo,
dado á mil perros estoy;
Ola. *Alí.* Señor. *Chap.* Donde están
mis perros para pringallos?
Alí. Limpiando están tus caballos.
Chap. Dónde, moro? *Alí.* En el zaguan.
Chap. Haced que pongan de gala
el alazán. *Alí.* Puesto está.
Chap. Pues qué hace el caballo allá?
subidlo luego á esta sala.
Alí. Por imposible lo hallo:
mirad que es falible yerro.
Chap. No subís vos siendo perro?
por qué no podrá el caballo?
Ha Celinillo. *Alí.* Señor.
Chap. Pon igual la quiroteca:
dime en la casa de Meca
has besado el zancarron?
Alí. Señor, nosotros tenemos
por divino y por profeta
á Mahoma. *Chap.* Linda seta.
Alí. Y por ella moriremos.
Chap. Cómo puede ser divino
un hombre, que no bebió
vino en su vida, y mandó
que no comiesen tocino? *Vanse.*
Salen Alvar Fañez, Martin Pelaez y Lain.
Alvar. Retirrado el Cid está
en su retrete. *Mart.* Esperemos
en esta quadra y sabremos
el órden que se nos dá.
Lain. Fatigado de las guerras
está este insigne baron.
Mart. Su invencible corazon
conquistando tantas tierras,
juntamente con la edad,
aun no se quiere rendir.
Dent. Cid. Quien nació para morir,
vivió de su vanidad.
Descúbrese el Cid hincado de rodillas delante de un quadro de San Pedro.
Pedro ó piedra, donde Cristo
fundó su Iglesia sagrada,
la voluntan del Señor
es norte de mi esperanza:
pequé, Señor, ay de mí!
Mart. Señor, qué tienes? *Cid.* Aguarda,
Apóstol Santo; Lain,
Alvar Fañez, luz sagrada,
Martin Pelaez::- *Mat.* Qué accidente::-
Cid. Qué accidente? no ser nada
este edificio mortal.
Deudos y amigos del alma,

compañeros pues lo fuisteis
en mis dichosas batallas,
soldados los mas valientes,
que tuvo el mayor Monarca,
columnas del Rey Alfonso,
defensa de toda España,
oid mis breves razones,
atended á mis palabras:
El gran Apóstol San Pedro,
anoche quando belaba
el espíritu, y dormia
esta arquitectura humana,
me dixo: Cid Campeador,
ántes que pase mañana
irás á dar cuenta á Dios;
dexa aparte tus hazañas,
que de todas tus victorias,
sola una débil mortaja
sacarás de aqueste mundo.
Amigos, en esto paran
los aplausos de este siglo.
Ciento y treinta y dos batallas
he vencido, quince Reyes
de la Agarena prosapia
he cautivado, tres Reynos
he conquistado por armas,
quarenta y siete castillos,
y mas de quarenta Villas
diez Ciudades en España,
he ganado con mi espada.
Setenta y dos años truxe
las armas en la campaña,
sin que me impidiese el sol,
ni fatigase la escarcha,
por mi ley y por mi Rey,
por mi honor y por mi patria.
Pasé al Africa dos veces,
mi valor ha visto Italia,
el Persa tembló mi nombre,
y mi pundonor la Francia.
Tres Reyes he conocido,
Fernando mi nombre aclama,
Sancho estimó mi persona,
y Alfonso mi ilustre casa;
pero todas estas glorias
como son nubes que pasan,
si con la muerte se olvidan,
con la banidad se acaban.
Este leon español,
con la última quartana,
su esfuerzo vital depone.
Amigos, el Cid se muere,
su erizada piel arrastra,
ya la sentencia está dada
en el tribunal Divino,
acudamos luego al alma,
que es la joya mas preciosa.
que nos dió la primer causa.
Hijos el Rey de Valencia
pasó al Africa, mañana,
con Miramolin su deudo,
cubrirán esas campañas
de cien mil alarbes moros;
y si saben (cosa es clara)
que yo he muerto, alentarán
sus Africanas escuadras.
Embalsamadme, hijos mios:
y con artificio y maña
ponedme sobre Babieca,
que si yo tengo mi espada,
seré terror de los moros:
sacareisme á la batalla,
que si tengo la tizona
á vista de sus escuadras,
no hay que temer, aunque venga
toda el Africa y el Asia.

Sale Berm. El Rey, señor, por la posta
de Cuenca llega á tu casa.

Cid. Qué dices? *Sale Alf.* No me pudiera
suceder mayor desgracia.

Cid. Señor? *Alf.* Amigo Rodrigo.
Sol de las armas cristianas,
Marte español, qué teneis,
primo y amigo del alma?
Sentaos. *Cid.* Perdonad, señor,
que ya las fuerzas me faltan.

Alf. Cómo os sentís? *Cid.* Cómo quien
pretende hacer la jornada
última de nuestra vida.

Alf. Nunca á Valencia llegara,
para ver tan gran desdicha.

Cid. Señor, nuestros gustos pasan
como exâlacion que muere,
ántes de arrojar la llama.
Rey Alfonso, dueño mio,
que vivais edades largas,
pues empezais á ser sol,
no os eclipsen nubes pardas:
buenos vasallos teneis,
callen todos los Monarcas,
que la lealtad española,
por naturaleza sabia,

por decreto de la honra,
solo en España se halla.
Señor, siempre á la nobleza
dad los cargos de importancia,
que los descuidos de un noble
son aciertos de otras casas.
Miradme por los soldados,
que son las columnas sacras
del Imperio: ois, señor,
como á hijos los regala
el buen principe, y en vos
esos decoros no faltan.
Muy buenas serán las letras,
y es justo, señor honrarlas;
pero advertid que dos plumas
pueden gobernar el mapa;
pero para defenderos
no bastan muchas espadas.
Cien hombres en los consejos
gobiernan con vigilancia,
y en la guerra muchos miles
aun no gobiernan las armas.
Mas estimo yo un soldado,
que quantos ociosos andan
infamando con los vicios
la nobleza de su patria,
que el uno vela en la guerra,
y el otro duerme en su cama.
Soldados, Alfonso mio,
que en ellos siempre descansa
el cuidado de los Reyes,
y el peso de las batallas;
porque os sirvan en la guerra,
perdonad algunas faltas,
mueran, señor, por la fe,
no mueran por sus desgracias.
A Ximena os encomiendo,
mirad, señor, por mi casa,
como yo he mirado siempre
por vuestra corona sacra;
y de rodilas::- *Alf.* Qué haceis?
Cid. Arrojarme á vuestras plantas,
pidiendoos perdon, señor,
de la enemistad pasada.
Soldádos mios, á todos
digo lo mismo, mis faltas
han sido grandes, mis culpas
confiesa á voces el alma;
abrazadme, hijos queridos.
Alf. A los marmoles ablanda.
Mart. Qué dolor! *Alvar.* Qué pena!
Cid. A Dios,
que ya el aliento me falta:
misericordia, señor. *Muere.*
Alf. Llore España tal desgracia.
Vanse todos, y quedan Martin y Alvar Fañez, y sale Chaparin.
Chap. Señor, que somos perdidos.
Mart. Qué hay de nuevo Chaparrin?
Chap. Que ha de haber? que en esta playa
el Rey Bucar Benceguí,
en mas de doscientas naves,
que le dió Miramolin,
va desembarcando perros
ó moros de mil en mil:
rabiando vienen los perros,
que no los puedo sufrir,
de haber tenido en los hombros
tan galgo Berberí.
No escuchas la algarabía
de los mastines, decir
en lengua podenca, mueran
estos cristianos del Cid?
Si él muere, pienso que iremos
á majar esparto, si,
á las mazmorras de Orán.
Mart. Alvar Fañez, repartir
podemos nuestras esquadras.
Alvar. Antes que el bárbaro vil
acometa las murallas,
podemos todos salir
á presentar la batalla. *Vanse.*
Chap. Acabóse, yo perdí
mis esclavos; pero ántes,
por vida de Chaparrin,
que he de pringarlos, primero
que su Rey Miramolin
me los rescate á buñuelos:
voy el tocino á freir,
y á chamuscarles el alma
con uno y otro pernil. *Vase.*
Salen el Rey Bucar, la Infanta y moros.
Rey. Próspero viento traximos:
las tartanas y las naves,
aquellos cisnes de pino,
y estos de Neptuno aves,
sobre el salado edificio
fueron Planetas errantes.
Arlaj. Nuestra armada se compone
de cinco mil alfacares,
y diez mil Miramolines,
con seis mil ginetes Canes.

Cel. De improviso hemos cogido
á la Ciudad. *Rey.* Por qué parte
será bien que nuestra gente
ó la combata ó la escale?
Inf. La puerta de la marina
es la mas segura parte,
que podemos escoger
para no perder las naves
de vista. *Arlaj.* Seguramente
será la salida fácil.
Inf. Valgame Alá; qué silencio
tiene la Ciudad! no sale
á la eminencia del muro
ningun ministro de Marte.
Rey. Cómo con nuestra venida
no se ven los baluartes
coronados de españoles?
Novedad se me hace grande
ver la soledad que tiene
esta fuerza inexpugnable.
Inf. Tiene el Cid con el valor
ardides, señor, notables,
pero cesen los discursos:
los Miramolines marchen
al puente y seguidme todos
los mas esforzados Martes.
Esta es Valencia, soldados,
la que por largas edades,
á pesar de los cristianos,
habitaron nuestros padres;
pues la perdimos, volved
ahora por vuestra sangre,
ó restaurarla ó morir
como buenos capitanes.
Rey. Ahora, soldados mios,
es el tiempo que reparte
nuestro profeta el valor;
nuestros lunados alfanges
rayos de Alá se acrediten
en los tronos militares:
al puente, soldados mios,
que pues al campo no salen
los enemigos nos temen.
Inf. La puerta pienso que abren:
toca al arma. *Todos.* Al arma toca.
Dase la batalla, saliendo los cristianos por una parte, y los moros por otra, y saldrá el Cid despues en un caballo, y al verlo los moros huyen como espantados, dando vuelta al tablado, y entrase el Cid.
Inf. Pero este es el Cid, que sale
echando rayos de fuego.
Rey. Valgame Alá, qué espantable!
retirémonos, que viene
este castellano Marte
abrasando quanto encuentra. *Vanse.*
Dent. voces. Mueran los perros cobardes.
Sale Mart. No quede vivo ninguno,
quemadles luego las naves.
Alf. Aun muerto el Cid se corona
de trofeos militares.
Todos. El Rey Don Alfonso viva.
Sale la Inf. A tus pies, cristiano atlante,
la Infanta llega, pidiendo,
que tu magestad la ampare,
dándola el santo bautismo,
porque milagros tan grandes
solo los puede alcanzar
quien tiene á Dios de su parte.
Alf. Sangre real que se reduce
á la fe, justo es que alcance
el estado que merece,
vuestro esposo es Alvar Fañez.
Alvar. Es premio de tu grandeza.
Alf. Vos noble Martin Pelaez,
Virrey de Valencia sois.
Mart. Pues hoy mercedes reparte
vuestra Magestad, mi prima:-
Alf. Si es blason de vuestra sangre,
con ella os doy á Requena.
Elv. El Cielo tu vida guarde.
Briand. Oyes, Chaparrin.
Chap. Brianda,
pues contigo he de casarme,
pidele al Rey doce Villas.
Alf. Demos órden, capitanes,
que el cuerpo del Cid se lleve
con triunfo sonoro y grave
á San Pedro de Cardeña.
Chap. Y porque parece tarde,
demos fin á la comedia
del Noble Martin Pelaez.

FIN.

En Valencia: En la Imprenta de José Ferrer de Orga, en donde se hallará esta y otras de diferentes títulos. Año 1813